



cavar la propia tumba

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

CLARK CARRADOS

**CAVAR LA
PROPIA TUMBA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 673
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 55.777 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1975

© CLARK CARRADOS, 1975

texto

© RICARDO NET - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Cerca de la madrugada, pero todavía de noche, Lee Gordon Lack despertó sintiendo en su estómago las punzadas del hambre. No se podía decir que su lecho rebosara lujo: consistía en algunos sacos y periódicos viejos, en el fondo de un callejón más bien escaso de higiene. Por fortuna, el clima era benigno todavía en Spartha; Lack no quería ni pensar en lo que sucedería cuando llegase el invierno, si le pillaba en la misma situación.

Sentado sobre los sacos, se pasó la mano por la cara. Hacía ya diez días que se había afeitado por última vez. Por la noche, aquella víspera, había bebido unos tragos de agua en una fuente pública; había sido toda su «cena».

Sus ropas estaban raídas y la camisa había conocido mejores tiempos. Lack llevaba el pelo algo largo, no porque le gustase, sino porque no tenía dinero para pagar los servicios del barbero más barato.

Al cabo de unos momentos, se puso en pie. Si las cosas no mejoraban, se veía «desayunando» el mismo menú que la cena. Buscó tabaco en sus bolsillos y consiguió encontrar una colilla. Pero ni siquiera tenía fósforos.

Rió agriamente para sí. Había momentos en que un hombre no podía permitirse el lujo de ser honrado. Quienes no lo eran, le hacían conocer bien pronto las funestas consecuencias de la honradez.

Paso a paso, se dirigió hacia la salida del callejón. Había algunos cubos de basura. Tal vez en ellos encontrase algo de comer: una fruta pasada, un bocadillo consumido a medias... o quizá cualquier cosa arrojada a la basura y susceptible de ser vendida para conseguir unos pocos centavos, con los cuales tomarse un café y un buñuelo. Dos días antes, le habían insinuado la posibilidad de conseguir un empleo en los servicios municipales de limpieza.

Lack conocía el alcance de la oferta. No había sido hecha por compasión, sino para burlarse de él, para humillarle más todavía. Simplemente, querían convertirle en un barrendero.

En consecuencia, y debido a su orgullo, pasaba hambre.

—Cuando quiera comer, venga a verme —le había dicho el autor de la oferta de empleo.

Lack le había escupido a la cara. El otro se metió con sus antepasados. Lack le machacó la nariz.

—A pesar de todo —dijo el golpeado—, si quiere comer, tendrá que barrer las calles de Spartha.

Lack no había contestado ya. Y dos días más tarde, andaba buscando para desayunar algo que resultase más confortador y alimenticio que unos cuantos sorbos de agua.

, Uno de los cubos de basura era desusadamente grande. Lack levantó la tapa confiadamente. La luz de una farola cercana caía en parte sobre el cubo.

Lack se dijo que tenía mucha hambre, pero que jamás comería de lo que contenía el cubo. No era antropófago.

Durante algunos segundos, contempló el cadáver de la mujer desnuda, casi arrodillada en el fondo del cubo, en parte sentada, con las manos sobre el vientre. Las manos, se fijó muy bien, se veían perfectamente.

También se veía la negra grieta que había en la mitad de la frente. Un hachazo, dedujo Lack en el acto. El filo de la herramienta que servía para cortar árboles había cortado una vida humana en la flor de la edad.

Rubia, joven y hermosa, según se apreciaba a simple vista. ¿Por qué la habían asesinado? ¿Quién había juzgado que el sitio más adecuado para enterrar a una persona era un cubo de basura?

Sonaron pasos en las inmediaciones. Era, sin duda, el agente que hacía la ronda de la madrugada.

Lack abandonó el callejón.

—Amigo, he encontrado un cadáver —dijo.

El guardia le miró especulativamente. El aspecto de Lack no inducía a creer demasiado en sus palabras.

—¿Ha bebido y le dura todavía la «curda»? —preguntó.

—Bienaventurados los que creyeron sin ver —dijo Lack cáusticamente—. No parece que el cielo sea lugar destinado a los

hombres de su clase, amigo.

—Déjese de comentarios —refunfuñó el guardia—. ¿Dónde está el cadáver?

Lack señaló el cubo alto.

—Ahí —dijo—. Alguien pensó que resultaría conveniente, pero, más todavía, económico y discreto emplear un cubo de basura como féretro.

El guardia no estaba muy convencido todavía. Agitó la porra.

—Apártese cuatro pasos —pidió precavidamente.

Lack obedeció. El agente levantó la tapa del cubo. Inmediatamente, la bajó, con gran estruendo, a la vez que daba un salto atrás.

—¡Rayos! —juró.

—Y centellas —añadió Lack.

El guardia le miró un instante.

—Oiga, a usted le conozco yo...

—Lee Gordon Lack, experiodista y abogado sin pleitos —sonrió el joven.

—Sí, he oído hablar de usted...

—Algunos han dicho lo mismo, pero adornaron la frase con unos cuantos calificativos no repetibles. Bien, ¿qué me dice del hallazgo?

El policía volvió a la realidad. Se asomó al callejón, llevó el pito a los labios y silbó con toda la fuerza de sus pulmones.

Un minuto más tarde, se detenía allí un coche de patrulla. Los dos policías saltaron del coche, corrieron hacia el cubo de basura y alumbraron el interior con sus linternas.

Se oyeron unas exclamaciones de horror. De pronto, el sargento Browson, jefe de la patrulla, se volvió hacia Lack.

—¿La ha encontrado usted? —preguntó.

—Sí. Oiga, sargento, ¿no tendría un cigarrillo...?

Browson sacó tabaco. Su compañero informaba ya a la jefatura a través de la radio del coche.

—¿Qué hacía ahí, Lack? —preguntó Browson, después de las primeras chupadas al cigarro.

—Pues mire, como resulta que es el único hotel en que no me piden dinero por dormir, me vine aquí hacia la media noche y...

Un automóvil se acercó, reduciendo la marcha. Estaba ocupado por dos sujetos, que miraban de un modo extraño hacia el callejón.

Lack se dio cuenta de que el coche era del tipo furgoneta rural, lo cual le dio muy mala espina en el acto.

Sobre todo, al reconocer a uno de los ocupantes del vehículo.

—Sería curioso averiguar qué puede hacer Tony Ryden a estas horas y en este lugar —comentó, con acento intrascendente.

Browson se volvió en el acto hacia el automóvil. De pronto, se oyó un rugido; el conductor aceleraba a fondo.

—¡Párese! —gritó Browson.

Pero la orden no fue obedecida. Browson era un tipo ágil y llegó al borde de la acera, ya con el revólver en la mano.

Disparó varias veces. Un neumático estalló fragorosamente.

El coche se desvió de su ruta, saltó sobre la acera y se estrelló con tremendo estrépito contra la pared de una casa. Browson y los otros dos policías corrieron hacia el vehículo, pero, de repente, se produjo una fragorosa explosión.

La furgoneta quedó envuelta en llamas instantáneamente. A Lack le sorprendió la explosión del tanque de la gasolina; a fin de cuentas, pensó, el impacto no había sido lo suficientemente fuerte para provocar el incendio del combustible.

Pero una cosa era cierta: ya no había salvación para los dos ocupantes del vehículo.

Lack se limpió la barbilla de las últimas migajas del bocadillo que le habían servido en el despacho del teniente Winter. Luego tomó un sorbo del café contenido en el pocillo que tenía ante sí.

—Gracias, teniente —sonrió.

—Estabas hambriento, Lee —dijo el oficial de policía.

—Muerto de hambre es la calificación correcta, Ben.

Ben Winter asintió.

—Hambriento y orgulloso —dijo.

—Antes morir de hambre que barrer las calles de Spartha.

—Tú no eres barrendero, Lee.

—Me ofrecieron ese empleo. Querían humillarme, después de despedirme del *Citizen Voice*. Que, más que *La Voz del Ciudadano*, es la voz de su amo.

—Nick Varlo no tiene ninguna compañía de gramófonos —sonrió Winter.

—Ben, tú ya sabes a qué me refiero. ¿Habéis identificado a la

chica?

—Sí. Se llamaba Betty Cope. Actuaba en el Crazy Horse Saloon.

—Propiedad de Magda Ranthorpe, íntima amiga de Varlo.

—Lo de amiga..., ¿en qué sentido lo dices, Lee?

—En todos, Ben.

—¿Los crees complicados en el crimen?

—Tony Ryden y el otro trabajaban en el Sarah's. Pero resulta que el dueño de este local, Rock McCullass, es un subordinado de Varlo.

—Y les encargaron...

—Deshacerse del cadáver, Ben, no te quepa la menor duda.

—Está bien. Tú dices que fuiste al callejón hacia la media noche.

¿Viste entonces algo sospechoso?

—No. Busqué un rincón, me tumbé y me dormí en unos minutos. Quizá habían llevado antes el cadáver..., acaso me dormí muy profundamente. No supe nada hasta que levanté la tapa. Buscaba algo de comer, Ben —dijo Lack impasible.

—Siento lo que te ocurre, Lee. En tu opinión, ¿por qué murió Betty Cope?

—La respuesta es clásica: Sabía demasiado.

—¿Sabes tú algo de lo que ella sabía?

—No. Jamás hablé con Betty. Sólo la vi actuar un par de veces; no soy un puritano, pero me revientan cierta clase de espectáculos. Son degradantes, dígame lo que se diga, tanto para la que se quita la ropa, como para los que sólo van a ver cosas así.

—El hombre es la peor de las bestias, no le des más vueltas —dijo Winter filosóficamente—. Ninguno de los demás animales agrade a los otros, si no es para sobrevivir; pero ese espectáculo que tú has mencionado es una especie de agresión hacia otro congénere, en este caso, Betty Cope y las mujeres que trabajan de la misma manera. El que va a verlas, realiza su agresión con el arma del dinero que gasta en el espectáculo. Eso es todo, Lee.

—Pareces un psicólogo de fama —sonrió Lack—. Y, en cierto modo, tienes razón. Pero eso no devolverá la vida a Betty.

—Evidentemente, no. ¿Qué podía saber esa desgraciada? —murmuró el teniente con aire pensativo.

Un sargento entró en aquel momento, portador de una carpeta que dejó sobre la mesa. Winter hojeó su contenido.

—Estabas equivocado, Lee —dijo, pasados unos momentos.

—¿Sí?

—Betty no murió a consecuencia de un hachazo, sino de un golpe propinado con un objeto contundente, muy duro y relativamente fino. Había poca luz, por eso la señal del golpe pudo parecerte la brecha abierta en su frente por el hacha. Pero ese golpe fracturó el hueso frontal.

—Es, posible que tengas razón —convino Lack—. ¿Qué clase de arma podría ser empleada en un caso así?

—No lo sé. Tal vez un trozo de varilla de hierro, de la empleada en la construcción de vigas de cemento. Un trozo de cincuenta centímetros de largo, manejado hábilmente, puede romper los huesos de la cabeza de un solo golpe.

—Parece lógico —dijo Lack—. ¿Algo más en el informe?

—Sí, un detalle muy curioso. Tiene que hacerse una revisión más a fondo del automóvil incendiado, pero las primeras investigaciones señalan que había un mecanismo incendiario, preparado para actuar bajo los efectos de un choque a moderada velocidad.

—Eso significa que querían simular un accidente, Ben.

—Creo lo mismo que tú. Otro, u otros, asesinaron a Betty. Tony Ryden y su compinche tenían orden de pasar por aquel lugar y llevarse el cuerpo a algún sitio, donde pareciese lógico un accidente. La furgoneta se habría incendiado y nadie habría sabido jamás que Betty murió asesinada, porque, incluso el golpe de la frente podía tomarse como consecuencia del accidente.

—Lo tenían muy bien planeado, pero falló. ¿Por qué, Ben?

—Porque tú dormías en el callejón y no te vieron..., o no sabían que ibas a dormir allí.

—Sí, es cierto. Ben, ¿necesitas algo más de mí?

Winter contempló unos instantes al derrotado individuo que tenía frente a sí. El policía se daba cuenta claramente de que Lack era un hombre que prefería morir de hambre antes que ceder en sus convicciones.

—El teniente Winter no necesita nada de ti, Lee —contestó al cabo—. Pero tú sí necesitas del amigo.

Winter metió la mano en el bolsillo y sacó dos billetes de diez dólares.

—Es todo lo que puedo —dijo—. No olvides que tengo mujer y tres hijos.

Lack vaciló un instante.

—Ben —dijo al cabo—, considéralo un préstamo.

—De acuerdo. Nunca te ofrecería un préstamo..., pero ¿por qué no buscas un empleo?

—¿De barrendero?

—Tonto no eres, Lee. Tú sabrás qué clase de empleo te conviene más.

—He tenido una docena de empleos desde que me echaron del periódico. A la semana, o quizá antes, el patrón me despide siempre. Está contento de mí, trabajo muy bien, soy honesto..., pero no quiere que le peguen fuego a su negocio. ¿Entiendes, Ben?

El policía suspiró.

—Te entiendo perfectamente. Hay alguien que está dispuesto a no dejarte vivir en paz.

—O trabajo de barrendero o me muero de hambre —contestó Lack rotundamente.

CAPÍTULO II

Podía comer. Le parecía maravilloso pedir un plato de carne con verdura, patatas fritas, mantequilla y mermelada en abundancia, además de café, fruta, cerveza y helado. Era un banquete digno de Lúculo, pensó Lack, mientras hacía desaparecer la comida de los platos con la rapidez propia de un concursante de televisión, al que se le hubiese ofrecido un sustancioso premio.

De repente, se le acercó un individuo.

—¿Lack?

El joven alzó la cabeza un instante y estudió al sujeto, cuyo aspecto encontró corriente. Pero nunca se fiaba del aspecto de las personas.

—Señor Lack... —dijo fríamente.

—Bien, señor Lack. La señora Ranthorpe quiere verle.

—Oh, mi encantadora enemiga Magda Ranthorpe. No tengo dinero suficiente para pasar a diez metros de la puerta de su lujoso Crazy Horse.

—Ella le invita a tomar una copa en su residencia privada. El local está cerrado; hoy es día de descanso.

—¡Qué casualidad! —murmuró Lack sarcásticamente.

Contempló unos instantes al robusto e impasible sujeto que permanecía en pie junto a la mesa.

—Supongo que mañana asistirá usted al funeral por Tony Ryden y su acompañante —agregó.

—No conocí a esos hombres —respondió el mensajero.

Lack tomó el vaso de cerveza que tenía frente a sí.

—Iré, dígaselo así, Marvy Shamm —declaró.

—Muy bien, muchas gracias, señor Lack.

El experiodista continuó cenando tranquilamente. Después de cenar, encendió un cigarrillo y se contempló a sí mismo con los ojos de la mente.

Se había afeitado, cortado el pelo y tomado un baño. Tenía una camisa limpia y un traje en condiciones. Pero su aspecto no indicaba precisamente bonanza económica. Era preciso estirar al máximo el préstamo que le había hecho su amigo el teniente Winter.

Al cabo de un rato salió a la calle. Shamm se le acercó de pronto.

—Tengo ahí el coche, señor Lack —informó cortésmente.

—Eso no me lo esperaba yo —murmuró el joven—. Sin duda, Magda quiere estar segura de que acudiré a su llamada, ¿eh?

Shamm no dijo nada, limitándose a abrir la portezuela del automóvil. Y Lack, por su parte, también calló. Entró en el coche, se arrellanó en el asiento y dejó que el esbirro le condujera a su destino.

La bata que cubría el opulento cuerpo de Magda Ranthorpe era cortísima, holgada, de grandes mangas que apenas pasaban del codo. De no haber sido por su sedoso color negro y los dragones bordados en la espalda, Lack habría pensado que la mujer empleaba la vestimenta propia de un judoka, claro que sólo la mitad superior. Las piernas, espléndidamente conformadas, quedaban al descubierto a partir de treinta centímetros de las rodillas.

Magda le ofreció un vaso alto, empañado por la frialdad del hielo.

—Todavía recuerdo cuánto te gustaban los julepes de menta, Lee —dijo, a la vez que sonreía de un modo extraño.

—Es mi bebida favorita, aunque con moderación, claro. Cuando se es inmoderado en la bebida, ninguna resulta buena —contestó el visitante.

—Filósofo —le apostrofó ella con acento afectuoso—. ¿No te sientas a mi lado? —invitó, a la vez que lo hacía en un fastuoso diván de color rojo oscuro.

Lack contempló un instante a la mujer. Unos treinta y dos años, peligrosamente ardientes y explosivamente atractivos. El color rubio pajizo del pelo, la blancura de la piel y el negro del quimono corto, formaban una combinación de fortísima sensualidad. Los ojos eran grises, muy claros, pero terriblemente penetrantes.

—Estoy bien de pie —contestó él—. ¿Por qué no hablas de una vez?

Magda le miró de la cabeza a los pies.

—Tus finanzas no parecen muy prósperas —comentó.

—Ya conoces las causas —respondió Lack escuetamente.

—Sí. Pero tengo entendido que ayer, es decir, esta madrugada, ofrecías un aspecto todavía peor.

—La camisa limpia y el traje han sido adquiridos en la tienda de un ropavejero, lo mismo que los zapatos. No tengo dinero para ropas nuevas.

—Eso ocurre porque tú quieres, Lee.

—Soy asquerosamente honrado. No irás a decir que no lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Ella suspiró y las sólidas curvas del busto, henchido y macizo, se dibujaron bajo la tela de seda negra—. Pero quizá yo pueda arreglar tus problemas en ese sentido, Lee.

—No admito limosnas, hermosa.

—No voy a darte una limosna. Sólo quiero que trabajes para mí.

—¿De barrendero? —preguntó Lack sonriendo.

—¿Por qué dices eso? —se asombró ella.

—Alguien me dijo, en nombre de Varlo, que el único empleo que habría para mí en Spartha sería el citado. Tuve varios empleos, de muy diversa índole; en todos ellos, antes de cumplir la semana, el dueño recibía orden de despedirme. O le pegaban fuego al negocio.

—Y Varlo te dijo...

—Cuando quisiera trabajar, tendría que empuñar una escoba.

—No barrerás el Crazy Horse, precisamente, Lee.

—¿Entonces...?

—Necesito un abogado.

—Tienes uno, Magda.

—Lo he despedido.

—Magda, no me gustan algunas de las cosas que pasan en tu local. Y no puedo suprimirlas, así que no cuentes conmigo para ese empleo.

Ella se irguió a medias en el diván.

—¡Pero necesitas dinero! —exclamó.

—Vaya un descubrimiento —rió Lack amargamente—. No al precio de la venta de mi conciencia.

—Escucha, tonto; yo no te propongo tomar parte en un negocio sucio. El Crazy Horse es un negocio perfectamente lícito. Como

abogado, tú puedes encargarte de los asuntos estrictamente legales; firma de contratos y así. Te ganarías quinientos mensuales, piénsalo bien.

—Magda, ¿quién se encarga de los asuntos que no pueden ser calificados como legales?

Ella enrojeció tan fuertemente, que el rubor llegó al nacimiento de los senos.

—Lee, por última vez, no seas tonto —dijo cortantemente.

Lack apuró el resto de la bebida y dejó el *high-ball* sobre una mesita auxiliar.

—¿Algo más? —preguntó fríamente.

—Sólo un par de preguntas. No insistiré más en lo del empleo; ya veo que tu decisión es firme, Lee. Espero que me contestes con sinceridad.

—Habla —indicó él.

—Tú descubriste el cadáver de Betty Cope. Lo dicen los periódicos.

—Entre ellos el *The Citizen Voice*, a cuyo propietario y editor conoces perfectamente.

—Sí, Lee. Dime, ¿viste algo en el cuerpo de Betty?

—¿Algo? ¿A qué te refieres? No llevaba encima una sola prenda de ropa, Magda.

—Te equivocas. Betty llevaba puesto algo... una cosa que, precisamente, no mencionan los periódicos.

—No entiendo...

—Un anillo con un rubí de cincuenta quilates.

Lack emitió un silbido.

—No sería un trozo de vidrio rojo —dijo.

—El rubí era auténtico. Valía miles de dólares. ¿Lo llevaba puesto en el anular de la mano izquierda?

—Sí.

—Entonces, dime, ¿qué has hecho del anillo?

Jack respingó.

—¿Cómo...? ¿Crees que yo...? —De repente, se echó a reír—. Eres muy mal pensada, Magda. Abandona esas locas ideas. Cuando se llevaron el cadáver de Betty Cope, ella tenía aún el anillo.

—Lee, la joya no llegó a la Morgue.

—Magda, tú me conoces. Yo no me quedé el anillo.

La mujer se mordió los labios.

Asintió con la cabeza.

—Te creo —murmuró—. Pero entonces, ¿quién lo robó?

Lack se dirigió hacia la puerta. Desde allí, paseó la mirada por el interior de la sala, decorada con refinado gusto. El color rojo cardenal de la mayoría de muebles y cortinas era el marco adecuado para la propietaria de la casa.

—Busca la sortija en otra parte, Magda —dijo, con la mano en el picaporte—. Y, por favor, permíteme un consejo.

—Dime, Lee.

—Tiempo atrás, algo nos unió a los dos. ¿Quién sabe?, acaso nuestros caracteres son demasiado fuertes y no conseguimos... solidificar esa unión. Pero, a pesar de todo, aún te aprecio. Abandona esta vida ahora que es tiempo. Eres joven y terriblemente hermosa. No te estropees el futuro, continuando al lado de un tipo como Varlo.

—¿Has terminado, Lee? —preguntó Magda con helado acento.

—Sí.

—En tal caso, adiós y gracias por la visita.

—Lamento no poder decir que ha sido un placer —se despidió Lack casi pesarosamente.

Salió a la terraza y de allí al jardín que rodeaba el edificio. En torno a la piscina, y bajo el agua, había una larga hilera de bombillas encendidas, que proporcionaban al lugar una iluminación de fantasía. Magda, pensó Lack, era mujer que sabía gastar adecuadamente el dinero que ganaba.

Caminó hacia la salida del jardín. El coche que le había traído hasta allí, aguardaba junto a la verja.

—Marvy, no es necesario que se moleste por mí —dijo Lack—. Volveré a pie.

—Lo siento, tiene usted una plaza reservada en ese coche —sonó de repente una voz a espaldas del joven, al mismo tiempo que algo duro se apoyaba en su costado izquierdo—. ¡Entre, Lack; le guste o no, va a hacer un viaje en ese automóvil!

—El último, supongo —sonrió Lack.

—Exacto —corroboró el hombre de la pistola.

Lack fijó la vista en el otro individuo. Shamm permanecía impasible, sin la menor expresión en su pétreo rostro.

—Está bien, vamos allá —dijo el experiodista.

CAPÍTULO III

El pistolero estaba sentado a la derecha de Lack y su arma se apoyaba constantemente en el costado del joven. Delante, Shamm conducía el automóvil con precisión y sin mostrar la menor alteración en sus facciones.

Lack reflexionaba. ¿Por qué querían matarle? ¿Tenía algo que ver con el hallazgo del cadáver de Betty Cope?

Parecía lo más lógico, puesto que su archienemigo, Nick Varlo, no había mostrado hasta entonces otros deseos que de humillarle al máximo. De repente, dos sujetos le atrapaban y se lo llevaban a dar un «paseo».

Trató de reconocer el terreno en que se hallaban. La residencia de Magda estaba fuera de la ciudad, pero el coche se había alejado ya una docena de kilómetros.

Ahora se dirigían hacia las *Dry Hills*, una serie de cerros pelados y áridos, con numerosos cañones y barrancadas, en los que sólo vivían coyotes, serpientes y otras alimañas. Por el contrario, en dirección opuesta, el río proporcionaba humedad suficiente para una vegetación casi exuberante.

Nadie solía ir jamás a las *Dry Hills*, en donde, muchos años antes, se había explotado una mina de boro. Era un lugar completamente solitario; podían pasar años enteros antes de que se descubriese su osamenta.

La vegetación fue clareando. Había luna y el suelo, cada vez más alcalino, resultaba fácilmente visible. Ya se veían los cerros en lontananza, recortándose grises contra el fondo casi negro del cielo.

Minutos más tarde, el coche se adentró por una angosta barrancada, con abundantes grietas en los muros, debido a la erosión del agua en la época de lluvias. Lack se preguntó si lo llevarían a la mina abandonada.

El pequeño cañón se retorció sinuosamente, sin permitir ver más

allá de unas decenas de metros. De pronto, el automóvil dobló una curva más pronunciada que las demás y, a los pocos pasos, Shamm empezó a frenar.

Lack apretó las manos contra las rodillas. El momento crítico llegaba ya.

El coche se detuvo. Shamm dio la vuelta y abrió la portezuela. El otro pistolero empezó a descender, sin perder de vista a su cautivo.

—Baja —gruñó.

Lack se deslizó por el asiento. De súbito, disparó el pie con todas sus fuerzas.

Una pistola voló por el aire. Lack repitió el puntapié y la portezuela terminó de abrirse del todo, golpeando a Shamm en el cuerpo. Shamm cayó de espaldas.

El pistolero juró y blasfemó, mientras gateaba en busca de la pistola, que había perdido con el golpe. El arma quedaba en la parte más sombría.

Lack terminó de salir del coche. Usó el pie nuevamente y el pistolero aulló, a la vez que rodaba por el suelo polvoriento. Luego, Lack giró sobre sí mismo. Shamm se incorporaba, gruñendo coléricamente, a la vez que hacía esfuerzos por sacar algo del interior de su chaqueta.

La rodilla del joven se alzó con terrible potencia. Shamm gritó y cayó rodando al suelo. Lack ya no se entretuvo en mirar más y salió disparado en busca de la salvación.

Corrió a toda velocidad durante cincuenta o sesenta metros. El cañón hacía una curva hacia el oeste. Siguió el sinuoso trazado y, de repente, a los pocos pasos, se dio cuenta, aterrado, de que estaba en un callejón sin salida.

Desesperado, miró por todas partes, buscando la salvación. Había confiado en sus piernas; Shamm y el otro eran tipos poco acostumbrados al ejercicio físico, habituales de tabernas y garitos, lugares poco recomendables para cultivar la musculatura. Y precisamente por lo mismo, no había tratado de apoderarse de una pistola.

En tiempos, antes de llegar al fondo del pozo, había ido casi cotidianamente a un gimnasio, aparte de que, como periodista, trotaba muchas horas al día por las calles de Spartha. Su forma no era demasiado buena, pero, de todos modos, se sentía capaz de

vencer a los dos pistoleros en una carrera de fondo.

Pero ahora estaba en un auténtico callejón sin salida, aunque sus paredes no fuesen de ladrillo o cemento. Shamm y su compinche se recuperarían e irían a buscarle. Dos tiros acabarían con el problema.

De pronto, le pareció ver un resalte a cinco o seis metros de altura. Podía intentar esconderse allí, hasta que amainase el temporal. En realidad, era la única solución que le quedaba.

Trepó sin demasiadas dificultades. A lo lejos, oyó voces coléricas. Los hampones se habían recobrado ya.

Alcanzó el resalte, que medía cosa de metro y medio de anchura por tres o cuatro de longitud. Había algunas piedras procedentes de derrumbamientos espontáneos y las apartó con la mano, para conseguir una mayor comodidad en su forzada postura de cuerpo a tierra.

Las voces se acercaron.

—Tiene que estar por aquí —dijo Shamm.

El otro masculló unos cuantos tacos de grueso calibre. De pronto, los dos hampones se dieron cuenta de que el barranco no tenía salida.

—Cuidado —advirtió Shamm—. Estoy seguro de que se ha escondido en algún sitio.

La mano derecha de Lack tanteó hasta encontrar una piedra casi tan grande como su cabeza. Buscó otra, que resultó algo más pequeña, y la atrajo hacia sí. De repente, se incorporó a medias.

Inevitablemente, hizo algo de ruido. Los pistoleros se volvieron y levantaron la cabeza.

—Ahí... —empezó a decir el compinche de Shamm, pero, en el mismo momento, algo descendió de las alturas con indescrptible violencia y le alcanzó de lleno en pleno rostro.

Se oyó un horrible ruido de huesos rotos. El sujeto lanzó un espantoso alarido y cayó de espaldas, pataleando frenéticamente.

Shamm disparó una vez, pero lo que había ocurrido le había puesto nervioso y falló el tiro. Lack tiró su segundo pedrusco y le alcanzó de refilón en la sien, haciéndole dar una vuelta entera sobre sí mismo.

Las piedras no escaseaban precisamente en el resalte. Lack bombardeó furiosamente al pistolero, haciéndole perder la serenidad primero y el equilibrio después. Shamm quedó en el

suelo, gimiendo sordamente, incapaz de reaccionar.

Lack se descolgó rápidamente. Agarró las dos pistolas y las tiró al resalte. Shamm, llorando, se cogía la cara con las manos.

El otro permanecía callado. Lack vio un charco oscuro que se extendía en el polvo blanquecino, debajo de su cabeza.

Ya no tenía que temer de los hampones. Dio media vuelta y, sin preocuparse de Shamm, corrió hacia la salida del cañón.

El automóvil estaba parado en el mismo sitio. Lack saltó al asiento del conductor y dio media vuelta a la llave de contacto.

Sonrió satisfecho mientras se alejaba de aquel lugar en el que había esperado quedarse para siempre.

—Soy más duro de lo que parece —se elogió. Y aunque lamentaba haber privado de la vida a un semejante, había salvado la suya, que era lo importante.

A pesar de todo, subsistían las dudas en su espíritu.

¿Por qué habían querido asesinarle?

Contó aprensivamente el dinero que llevaba encima. Tres dólares y algunos centavos.

Podía dormir una noche más en la mugrienta pensión de Ma Schulten, comer dos días más... y luego volvería a estar como antes.

—Quizá me conviniera aceptar el empleo de barrendero —se dijo melancólicamente, mientras sorbía la taza de agua oscura pomposamente denominada café y por la que debería abonar veinte centavos de dólar.

Alguien se sentó de pronto a su lado.

—¿Lack?

El joven volvió la cabeza. La cara de la muchacha que estaba junto a él le resultaba completamente desconocida.

—Sí —dijo—. ¿Usted es...?

—Sybil Harrod. Hermana de Betty Cope.

Lack respingó.

—Usted no...

—Cope era el apellido materno, que Betty utilizaba como nombre artístico. Tenía cuatro años más que yo y hacía, al menos, cinco que no nos veíamos —declaró la chica.

Lack estudió penetrantemente a Sybil. Era alta y de no haber sido por ciertos relieves inequívocamente femeninos, habría parecido delgada. El pelo, negro, muy corto, casi como un chico, y

los ojos del mismo color. Su aspecto era resuelto, casi agresivo.

La indumentaria consistía en un vestido sin mangas, de detonante color amarillo, con falda hasta diez centímetros de las rodillas, bolso del mismo color y zapatos a juego. En la muñeca izquierda llevaba un reloj de pulsera más bien corriente.

—¿Ya me ha observado a su gusto, señor Lack? —dijo la chica.

El sonrió.

—Dispénsame, señorita...

—Llámeme Sybil, detesto los tratamientos. Ah, y vámonos a aquella mesa del rincón; hablaremos con más tranquilidad.

Lack se llevó la mano derecha a la sien.

—A la orden, señor —contestó.

Una rolliza camarera se acercó. Sybil le encargó un refresco.

—Pida usted lo que quiera, Lee —indicó.

—El café es horrible. Tráeme un doble de escocés para quitarme el mal gusto de boca.

—Está bien —contestó la camarera, con acento indiferente.

Sybil sacó cigarrillos.

—Fume, Lee. Y sepa que si le he encontrado aquí ha sido gracias al teniente Winter —dijo.

—Un buen amigo. ¿Qué más le ha dicho Ben, Sybil?

Ella no contestó; estaba muy ocupada en encender su cigarrillo. Luego dijo:

—Winter me ha dicho que usted puede ayudarme a encontrar al asesino de Betty.

—Vaya, entonces, ¿para qué le pagan a él?

La camarera vino con el pedido. Cuando se hubo alejado, Sybil dio su respuesta.

—El caso ha sido asignado al sargento Leaney. Winter no puede hacer nada.

—¡Hum! Leaney es bueno... cuando quiere.

—Sí, eso me ha dado a entender su amigo. Por eso me ha enviado a usted.

—¿Qué más, Sybil?

—Me ha contado algunas cosas de su vida. Yo conozco ahora su situación actual. Me agradan los hombres de su clase, Lee.

—Gracias —sonrió Lack—. Da gusto oír hablar así. Continúe, por favor.

Ella vaciló un momento.

—Betty murió porque sabía demasiado —dijo, tras la pausa—. Pero ¿qué es lo que sabía?

—Su secreto se fue con ella a la tumba. No puedo decirle más, Sybil.

De pronto, Sybil abrió su bolso. Extrajo una carta y se la enseñó a su interlocutor:

—Me la escribió hace algunos meses. Yo la guardé, porque el final me intrigó notablemente. ¿Qué opina usted?

Lack leyó el final de la carta. Había un párrafo que decía:

«Si algún día te enteras de que me ha sucedido algo, recuerda esto: Ferris Cabin».

—¿Qué es Ferris Cabin? —preguntó ella.

—Parece así algo como la cabaña de Ferris, pero, francamente, no sé dónde está.

—Winter tampoco lo sabe ni conoce a ese tal Ferris, suponiendo que viva. Pero puede ser una pista, ¿no le parece?

Lack inspiró profundamente.

—Sybil, debo decirle una cosa antes de seguir adelante: no tengo dinero.

—Oh, vamos, vamos, eso no es obstáculo. Ya lo sabía cuando vine a visitarle.

—¡Caramba! —Gruñó el joven—. Apuesto que Winter le ha dicho incluso el número de cuello que gasto.

—Hombre, no exagere... —sonrió ella—. ¿Me ayudará?

—¿Qué interés tiene en encontrar al asesino de Betty? ¿Venganza personal?

—Si ella fuese su hermana, ¿qué haría usted?

—Me declaro perdedor.

—Y, además, usted también tiene motivos contra... ellos.

—Suponiendo que hayan sido...

—Lo ordenaron, que es lo mismo.

—Conseguir pruebas no será fácil.

Sybil abrió el bolso. Quinientos dólares cambiaron de mano.

—Vaya, es usted resuelta —comentó Lack.

—¿Para qué perder tiempo? —Sybil se puso en pie—. Gracias, Lee.

Sybil se alejó, con zancada larga y fácil, que no perturbaba en absoluto su gracia femenina. Lack quedó en el mismo sitio, lleno de perplejidad, pero también satisfecho en cierto modo.

—Vario, aguárdame —murmuró.

CAPÍTULO IV

El Sarah's era un local elegante, que, sin embargo, no se podía comparar con el de Magda. Lack había estado allí más de una vez, buscando información para su periódico. El barman le saludó amablemente.

—Hacía tiempo que no se le veía por aquí, señor Lack —saludó —. ¿Su bebida?

—Sí, gracias, Jimmy.

Una mujer se le acercó, ondulando insinuantemente.

—¿A qué me invitas, Lee? —dijo.

—A lo que pidas, con una condición, Sally.

—Aceptada —respondió ella en el acto.

—Está bien. ¿Quién mató a Betty Cope?

La expresión de la mujer cambió en el acto. El miedo asomó a sus ojos.

—Ese asunto quema —dijo. Y se marchó disparada.

Lack rió suavemente. Sería cosa de hablar con Sally Robertson más tarde, en su casa y a solas, se dijo.

El barman le puso delante un julepe de menta. Lack tomó un sorbo.

—De maravilla, Jimmy —elogió.

El barman sonrió complacido. De pronto, se inclinó hacia adelante.

—Cuidado con Andy Horito —bisbiseó. Luego se irguió—. Muchas gracias, señor Lack —dijo en voz alta.

Un sujeto se acercó al mostrador y puso encima un billete.

—No le cobres al señor, Jimmy —ordenó.

—Muy bien, Andy, como tú digas —respondió el *barman*.

Lack observó al tipo, que era más alto que él y con doce o quince kilos de más. La mano derecha de Andy Horito estaba metida en el bolsillo de la chaqueta.

—El señor McCullass quiere verle —dijo Horito.

—Será un placer —contestó Lack.

Horito le guió hasta un despacho situado en la parte trasera del local. McCullass se puso en pie al ver entrar a su visitante.

—Aguarda afuera, Andy.

—Sí, jefe.

McCullass era un tipo gordo, sebáceo, pero de ojos de cuarzo. Destapó una botella y llenó una copa.

—Beba, Lack.

—No, ya he bebido en la sala. Usted me ha invitado, ¿recuerda?

—Tengo muy mala memoria. A veces, claro.

—No soy médico. ¿Algo más, Rock?

—¿Dónde está?

—Dónde está, ¿qué?

McCullass se volvió de pronto hacia el joven.

—¡No se haga de nuevas! —vociferó—. Me refiero al anillo que llevaba puesto Betty Cope.

—Oh, el anillo... Se lo he regalado.

—¿A quién, Lack?

—A mi abuelita. Siempre le gustaron los rubíes. Recuerdo que cuando yo era un niño, me decía que la ilusión de su vida era tener un anillo con rubí. Por eso, en cuanto vi el que tenía Betty, yo me dije: «Lee, ésta es la ocasión para que la abuelita vea satisfecho su más caro deseo». Y se lo envié por correo.

McCullass tenía la boca abierta de par en par. De repente, se dio cuenta de la burla que encerraba la respuesta de su oponente.

—Maldita sea —gruñó—. Oiga, Lack, no me gustan las bromas cuando el asunto es serio.

—Y éste lo es. Han muerto ya Betty Cope, Tony Ryden y otro... Art Dugan, creo que se llamaba; y en cuanto a Shamm, estuvo también a punto de diñarla. Pero no tengo el anillo.

—No le creo, Lack.

—¿Me ha llamado solamente para eso, Mac?

—Creo que usted no me conoce lo suficientemente bien, Lack —dijo el sujeto. Tocó un timbre y salió de detrás de su mesa. Horito apareció a los pocos instantes y ordenó—: Andy, el señor Lack te dará una respuesta. Yo volveré dentro de un cuarto de hora.

—Bien, jefe.

McCullass salió del despacho. Horito sonrió torvamente, mientras cerraba la puerta con doble vuelta de llave.

—¿Cuál es la respuesta? —dijo, a la vez que avanzaba hacia Lack.

La mano derecha de Horito salió del bolsillo de la chaqueta. Lack respiró aliviado al ver que el hampón no sacaba ningún arma.

Además, aquella mano estaba enguantada. Lack frunció el ceño al captar el detalle.

—¿Cuál es la respuesta, señor Lack? —insistió Horito.

El joven empezó a calcular sus posibilidades. Horito era más alto, corpulento y pesado que él. Pero también menos ágil.

Podía representar una ventaja. Lentamente retrocedió hasta que sus caderas chocaron contra el borde de la mesa. Entonces, al detenerse, Horito saltó bruscamente hacia él.

Lack se ladeó. La mano derecha de Horito silbó al pasar junto a su hombro. Chocó contra la mesa y el enorme cristal se rompió con extraño sonido.

Horito soltó una espantosa maldición. A Lack se le pusieron los pelos de punta. Horito era manco y, en lugar del miembro natural, llevaba una mano de hierro.

Pero no le dejó recuperarse. Malignamente, le metió un pulgar en el ojo derecho. Horito bramó y le tiró otro golpe, que aumentó las fracturas en el cristal.

Lack disparó un terrible puntapié a la rodilla del hampón. Horito se puso a saltar. Lack continuó asestándole patadas con toda su alma, en los muslos, en las pantorrillas, castigándole sin cesar, con saña implacable. Horito sangraba del ojo derecho. Lack se preguntó si se lo habría reventado.

El último puntapié fue dirigido al vientre. Horito cayó revolcándose por el suelo.

De repente, se quedó inmóvil.

—¿Lo habré matado? —se preguntó Lack, vivamente alarmado por aquella posibilidad.

Se arrodilló junto al caído y puso una mano en su pecho. El corazón seguía latiendo. Horito había perdido el sentido, simplemente.

En el costado derecho encontró un revólver. Lack sacó una bala, despiezó el cartucho y luego metió el proyectil en el cañón. El

cartucho vacío volvió a su alvéolo y el revólver a su funda.

Acto seguido, se puso en pie. Consultó su reloj.

Faltaban seis minutos para el cuarto de hora concedido por McCullass.

—Cómo pasa el tiempo —murmuró, mientras se servía un *whisky*.

De pronto, se le Ocurrió una idea. Volvió junto a Horito, subió la manga de su chaqueta y encontró las correas que sujetaban la mano artificial a su antebrazo, por medio de la prolongación de una manopla de metal.

Luego se situó junto a la puerta. A los quince minutos abrió.

McCullass entró en el despacho.

—Andy, ¿ha dicho...?

De pronto, vio el cuerpo de Horito. En el mismo instante, un pie se apoyó en sus carnosas posaderas y lo lanzó con fuerza indescriptible hacia adelante.

McCullass lanzó un grito. Chocó contra la mesa, rebotó y cayó al suelo.

Un pie se situó amenazadoramente sobre su nariz.

—¿Quién mató a Betty? —preguntó Lack.

McCullass empezó a sudar. El tacón del zapato se apoyó en su nariz.

—¿Quieres que apriete? —preguntó el joven.

McCullass señaló a Horito con una mano.

—El... fue él... tartamudeó...

—¿Quién ordenó ese asesinato?

—No... no puedo decirlo... Me mataría...

—¿Vario?

McCullass calló. Lack sonrió.

—Está bien, es suficiente.

Y se dirigió hacia la puerta.

Detrás de él, sonó un rugido. McCullass se precipitó hacia el todavía inconsciente cuerpo de Horito y manoteó furiosamente para quitarle, el revólver.

Cuando lo tuvo en la mano, apretó el gatillo. El arma explotó ensordecedoramente. McCullass aulló al recibir el fogonazo en pleno rostro y cayó nuevamente hacia atrás.

Lack oyó el estampido, vio una puerta a su derecha y la abrió sin

vacilar. Era un cuarto destinado al almacenamiento de cajas de licor.

Había una ventana en la pared opuesta. Mientras la gente corría atropelladamente por el pasillo, Lack abrió la ventana y saltó al exterior.

Sally Robertson abrió la puerta de su departamento. Encendió la luz y vio que había un hombre esperándole.

—¡Usted! —exclamó.

Lack sonrió alegremente.

—Dispénsame la forma de entrar, pero quería hablar contigo sin que nos viera nadie —manifestó—. Por cierto, cuando estábamos en el Sarah's me tuteabas.

Sally lanzó sobre una silla la estola de piel barata con que cubría sus hombros desnudos.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, mientras sacudía los pies para lanzar los zapatos al aire.

—En el Sarah's te hice una pregunta. Pusiste cara de miedo.

—Ya te dije lo que hay: ese asunto arde.

—Pero tú sabes algo, Sally.

Ella se encogió de hombros.

—Dame un cigarrillo —pidió.

Lack se puso en pie.

—Y cien dólares —añadió.

Sally entornó los ojos.

—¿Cien? —repitió.

—Uno a uno, preciosa.

—Puede que lo que te vaya a decir no valga ese dinero. Además, yo no trabajo desde hace tiempo en el Crazy Horse.

—¿Por qué, Sally?

La mujer rió agriamente.

—Si fuese más presumida, te diría que por celos de Magda. Imparcialmente he de decir que ya he perdido buena parte de mis encantos.

Lack la miró críticamente de pies a cabeza.

—Pues nadie lo diría —murmuró.

—Magda no quiere ya allí a ninguna chica que pase de los veinticinco. Tuve que venir al Sarah's.

—Entiendo. ¿Qué más, Sally?

Una larga bocanada de humo se escapó de los labios de la mujer.

—Betty y Robert Wollup eran muy amigos —dijo.

—Wollup —murmuró Lack—. Me suena el nombre.

—Carstairs, Wollup y Hatton, abogados.

—Sí, ahora recuerdo. Es una firma muy reputada en Spartha.

—Wollup es el garbanzo negro de la firma.

—Y fue amigo de Betty Cope.

—Sí. Oí decir en cierta ocasión que Wollup ambicionaba quedarse con el Crazy Horse. Betty lo apoyaba.

—Y tal vez por eso murió.

Sally hizo un gesto ambiguo.

—Ya no sé más —contestó—. Excepto una cosa: en el Sarah's, nadie menciona el tema; es tabú.

—¿También lo será ahora que ha muerto McCullass?

—He oído decir que le explotó su revólver. No he querido entrar a curiosear en aquel despacho.

—Yo no sé nada —mintió Lack—. ¿Qué hay de Horito?

—Lástima, está vivo.

Lack sonrió.

—Le zurraron a gusto, creo —dijo.

Sally le miró penetrantemente.

—El que lo hizo debe de ser un tipo fuerte —observó.

—Psé, no creas; simplemente, astuto.

Ella sonrió.

—Me gustaría atacarte —dijo—. Conmigo te defenderías de otro modo.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Vamos a verlo —respondió Sally, a la vez que, con los brazos extendidos avanzaba hacia el inesperado visitante.

—Cuando me atacan así, jamás me defiendo —dijo Lack. Y mientras tenía a Sally en sus brazos, se preguntó si la joven no había sido despedida del Crazy Horse por celos de su dueña.

Más tarde, hizo una pregunta a Sally:

—¿Qué sabes tú del rubí que Betty llevaba en una sortija cuando la asesinaron?

—Nada —contestó ella—. Es la primera vez que oigo hablar de ese asunto.

CAPÍTULO V

Lack puso sobre el despacho de su amigo Winter un paquete envuelto en papel de estraza. Lleno de curiosidad, Winter lo abrió y se encontró con la mano de hierro.

—¿De dónde diablos has sacado esto? —preguntó.

—Sólo habrá huellas mías en las correas y en la manopla, pero no en el resto —dijo Lack—. Pertenece a un tipo llamado Andy Horito.

—Vaya, no sabía que Horito fuese manco. ¿Cómo lo supiste tú?

—Porque quiso abrirme la frente con esa mano, cuando la llevaba empalmada al brazo. En la refriega, Horito llevó la peor parte y como me di cuenta del miembro artificial, se lo quité cuando estaba desvanecido.

—Eres muy activo, Lee. ¿Qué sabes tú de la muerte de Rock McCullass?

—Puedes detenerme si quieres, puesto que el que atascó el cañón del revólver fui yo. Sin embargo, destinaba el truco a su dueño, Horito.

—¿Por qué disparó McCullass el arma?

—Se puso furioso conmigo.

—Ya. —Winter hizo un gesto con la cabeza—. No sé qué hacer contigo, Lee —murmuró.

—Ordena que me detengan, Ben.

—No. Yo no estoy encargado del caso de Betty Cope. Me lo quitaron de las manos.

—Sí, ya sé que ahora se ha encargado Leaney del asunto. ¿Descubrirá algo?

Desalentado, Winter contestó:

—Con toda sinceridad, lo dudo, Lee.

—Creo que te comprendo. Ben, ¿con esa mano de hierro se podría abrir la frente de una persona?

Winter sopesó el pesado miembro ortopédico.

—No me cabe la menor duda —respondió.

—En tal caso, Horito puede ser el asesino de Betty Cope.

—Quizá, Lee.

Lack envolvió de nuevo el miembro artificial.

—Buscaré a su dueño cuando salga del hospital —anunció—. Y, a propósito, Ben, quiero hacerte dos preguntas. La primera es: ¿Dónde está la sortija con un rubí que llevaba Betty cuando yo descubrí su cadáver?

—¿Sortija? —repitió el policía, asombrado.

—Eso es, con un rubí de cincuenta kilates.

Winter lanzó un silbido.

—No está mal —comentó—. Pero yo no he oído mencionar esa sortija...

—Investiga entre los hombres que se ocuparon del cadáver, apenas descubierto. Y, otra cosa, ¿has oído hablar alguna vez de Ferris Cabin?

—No, nunca.

Lack se dirigió hacia la puerta.

—Eres un buen amigo, Ben —se despidió.

Su antiguo departamento amueblado, nada lujoso, continuaba libre, por lo que lo alquiló nuevamente. Si las cosas salían bien, recobraría su puesto en el periódico. En caso contrario, abandonaría Spartha para siempre. Había sectores demasiado corrompidos y, de no haber sido por Sybil Harrod, habría abandonado ya la pelea.

El hombre estaba cenando solo en un elegante pero discreto restaurante. Contaba unos cuarenta años y tenía un aspecto pulcro y distinguido, muy atractivo en lo físico con su rostro perfectamente afeitado y unos cuantos hilos de plata en las sienes.

Lack se sentó inesperadamente frente a él.

—Buenas noches, abogado Wollup —saludó—. Creo que nos conocemos. ¿No es así?

Wollup le dirigió una fría mirada.

—En efecto, nos conocemos, señor Lack —admitió—. Pero ahora estoy cenando. Si quiere algo de mí, vaya mañana por mi despacho.

—Lo siento, la entrevista no se puede aplazar. Lamento estropearle ese filete de aspecto tan succulento, pero creo que éste es el lugar adecuado para hablar.

—¿De qué, por favor?

—De Betty Cope, abogado.

Wollup tenía el cuchillo y el tenedor en las manos. El cuchillo tintineó ligeramente contra el borde del plato.

—Era una hermosa joven —dijo.

—Que hacía partícipes, al menos visualmente, de todos sus encantos íntimos a todos los hombres.

—Hay muchas artistas de ese género perfectamente honestas y excelentes madres y amas de casa.

—Bueno, uno es liberal, pero no hasta ciertos extremos. A mí no me gustaría que mi esposa se desnudase en público. Claro que hay gente para todo, con el esófago muy amplio.

—Sí, hay gente para todo... incluso para amargarle la cena a uno —rezongó el abogado—. ¿Ha terminado ya de una maldita vez?

—¿Qué tenía la piedra del anillo de Betty Cope?

—¿Se refiere a la sortija con el rubí?

—Exactamente.

—Betty decía que el rubí era su piedra de la suerte, eso es todo lo que sé.

—¿Por qué les salió mal el plan para comprar el Crazy Horse?

Las facciones de Wollup se atirantaron súbitamente.

—Ése es un asunto privado que no estoy dispuesto a discutir con nadie —contestó.

—Diríase que teme hablar, abogado —sonrió Lack.

—Pero, bueno, vamos a ver, ¿en nombre de qué o de quién me hace usted tantas preguntas? —exclamó Wollup, muy irritado.

—Betty tenía una hermana. Esta hermana quiere que se descubra al asesino.

—Yo no fui; puedo probar concluyentemente...

—Ya me imagino que tendrá una estupenda coartada. Pero puede que sepa quién mató a Betty. Mejor dicho, quién y por qué ordenó su muerte.

Wollup se limpió los labios con la servilleta.

—Ya no hablaré más sobre el particular —dijo. Alzó la mano y llamó—. ¡Mozo, la nota, por favor!

—Al momento, señor Wollup.

—Lástima. Usted sabe mucho más de lo que aparenta, abogado —dijo Lack.

Wollup se encogió de hombros. De repente, un hombre vestido de negro se acercó a la mesa.

Lack divisó al sujeto cuando estaba a cuatro o cinco pasos. Inmediatamente, adivinó sus propósitos.

—¡Al suelo, abogado! —exclamó, a la vez que unía la acción a las palabras.

Wollup se quedó cortado un instante, lo que aprovechó el desconocido para dispararle a quemarropa toda la cartuchería de su revólver, en medio del espanto y del terror de todos los circunstantes. Wollup saltó convulsivamente en su silla, para, al fin, desplomarse en el suelo, al pie de la mesa.

Lack, tendido en el suelo, no había podido hacer nada, temeroso de ser también el objetivo del pistolero. Éste, tranquilamente, giró sobre sus talones y se dispuso a salir.

Entonces, Lack estiró la mano, agarró una silla y se la tiró a las piernas.

El pistolero, sorprendido, trastabilló y cayó, jurando atrozmente. Lack se puso en pie de un salto y cayó sobre él.

En el restaurante había una enorme confusión. Lack trató de reducir al pistolero a golpes. El asesino se defendía con uñas y dientes. Lack sabía por qué lo hacía. Había contado con que él espanto paralizaría a todos los espectadores y que ello le permitiría retirarse sin contratiempos, pero no había imaginado siquiera que habría alguien con la suficiente capacidad de reacción como para intentar impedirle la fuga.

—¡Vamos, ayúdenme! —gritó Lack, revolcándose en el suelo, junto con su adversario.

Pero nadie alzó un dedo para acudir en su socorro. De pronto, el pistolero logró conectar un golpe al estómago de su adversario.

Lack se quedó sin aliento momentáneamente. El pistolero, desmoralizado, se puso en pie y echó a correr hacia la salida.

Alcanzó la puerta. De repente, se oyó el tableteo de una ametralladora.

Los clientes, que se habían puesto en pie, volvieron a tirarse al suelo. Con los ojos nublados por el dolor, Lack vio al pistolero detenido por la cortina de balas que llegaban de la calle.

Sonó una segunda ráfaga. Esta vez, el rostro del pistolero saltó en mil pedazos, alcanzado de lleno por el chorro de proyectiles.

Después de un salto espasmódico, cayó al suelo y se quedó inmóvil.

Afuera, en la calle, se oyó el rugido de un automóvil que arrancaba a toda velocidad. Luego, un profundo silencio se abatió sobre el lugar del suceso.

Después, empezaron los gritos y chillidos de los clientes, sobre todo, los pertenecientes al sexo femenino.

Lack llegó muy tarde a su casa. El sargento Leaney, hosco y malintencionado, le había retenido más de lo necesario, en su opinión. Lack eludió como pudo las preguntas del policía, quien, finalmente, tuvo que dejarle marchar, al no encontrar ningún cargo que le permitiera retenerle en un calabozo.

—Y conste que lo hago a disgusto —dijo Leaney como despedida.

—El disgusto es mío, sobre todo, por contemplar su cara —respondió Lack sin inmutarse—. Parece humana —añadió—, con ojos, nariz, boca, mejillas..., pero, en realidad, es de cemento.

Leaney había soltado un bramido de ira, pero Lack salía ya a la calle. Cansado, fastidiado y hasta bajo de moral, abrió la puerta de su casa, pensando muy seriamente en largarse de Spartha y enviar al diablo a todo el mundo.

Fue al baño y allí mismo se desvistió, para ponerse el pijama. Luego, con la mente profundamente ocupada en lo sucedido, pasó al dormitorio, sin molestarse siquiera en encender la luz; conocía demasiado bien el piso como para hacerlo y, por otra parte, sólo tenía ganas de dormir para olvidar todo, al menos, por unas cuantas horas.

Cansado, se metió en la cama sin encender siquiera la luz y estiró las piernas. De pronto, sonó un grito de mujer:

—¡Eh! ¿Qué hace usted en mi cama? Fuera de aquí, lúbrico individuo...

Lack se sentó de golpe. Alguien se removió a su lado.

—Pero ¿qué demonios...? —dijo él, a la vez que buscaba el interruptor de la lámpara de cabecera.

Las tinieblas se alejaron. Lack miró hacia su izquierda. Sentada junto a él, vestida solamente con un liviano camisón, estaba Sybil Harrod.

—Oiga —rezongó el joven—, este departamento es mío...

—Ya lo sé —sonrió la muchacha, sujetando el embozo de las

sábanas con las manos—. Por favor, ¿quiere salir mientras me pongo la bata?

—Pero ¿es que se va a quedar a vivir aquí?

—Al menos, por unos días, si no le importa, Lee.

—Bueno, por mí, no hay inconveniente... pero ¿por qué ha elegido mi casa?

—Era la más segura en mis condiciones. Tengo la impresión de que me persiguen —manifestó Sybil.

—¿Quién? —preguntó Lack.

—Si lo supiera, se lo diría. Pero no puedo afirmarlo de una manera concreta; sólo son suposiciones, sin confirmación hasta el momento.

—No me extraña en absoluto. El asunto es más serio de lo que parece.

—Es lo que pensé desde un principio, Lee. ¿Qué ha conseguido?

—Mucho y poco, según se mire. Pero lo principal que he conseguido, ha sido salvar el pellejo.

Sybil le miró críticamente.

—Le han tiroteado, ¿eh?

—Más o menos. Oiga, Sybil, tiene que enterarse de una cosa. Imagino que no le hará mucha gracia..., pero la vida es así y las cosas que han pasado ya no se pueden rectificar.

—Déjese de filosofías y vaya al grano, Lee. ¿Qué pasa ahora?

—Lo que pasa ahora es consecuencia de lo que sucedió antes. Sybil, debo decirle que su hermana no... no era buena persona.

—¿Lo dice por su profesión?

—Eso es lo de menos, en este caso. Tengo la impresión de que estaba mezclada en asuntos muy sucios. Por eso murió... como ha muerto su amante y consocio.

Sybil se puso pálida.

—Nunca imaginé que Betty... —Pero no concluyó la frase. De repente, parecía como si se fuese a echar a llorar.

Entonces, Lack se dio cuenta de que todavía estaban en la cama. Apartó las sábanas a un lado y puso los pies en el suelo.

—Ande, vístase y vaya a la salita. Voy a preparar un poco de café. Creo que nos sentará bien a ambos —dijo.

—Sí, Lee —contestó Sybil mansamente.

CAPÍTULO VI

Sybil tomó una taza de café y pareció encontrarse mejor.

—Gracias, Lee —dijo, esforzándose por sonreír.

—No se merecen. A propósito, ¿cómo se le ocurrió que mi casa podía ser más segura? Yo no lo creo así. Sybil.

—Me alojaba en el Hotel Balymount. Cada vez que entraba o salía, veía siempre a un tipo o dos en el vestíbulo, detrás de un periódico. Empecé a ponerme nerviosa.

—Y vino aquí.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Además, tengo que comunicarle algo —manifestó.

—Dígalo —pidió Lack.

—¿Se acuerda de la última carta de mi hermana, Lee?

—Por supuesto, Sybil.

—Bien, he descubierto dónde está Ferris Cabin.

—¡Caramba, eso es estupendo! —exclamó él—. ¿Cómo lo ha conseguido?

Sybil se levantó y fue al dormitorio, del que volvió a poco con un rollo en la mano.

—Es un mapa topográfico de la comarca. He tenido que recorrerlo centímetro a centímetro, pero, al fin, conseguí localizar el objetivo.

Sybil desenrolló el mapa y señaló un punto marcado con un círculo rojo.

—Aquí está Ferris Cabin —dijo, orgullosa de su descubrimiento.

Lack estudió el mapa. De pronto, se dio cuenta de un detalle.

—Ferris Cabin está en *Dry Hills*, no lejos de la vieja mina de oro —manifestó—. Parece como si hubiera sido antaño la propiedad de algún minero llamado Ferris, que luego la abandonó. Pero el lugar ha quedado marcado como referencia topográfica con ese nombre.

—Eso me imagino yo —concordó Sybil—. Lee, ¿qué le parecería

una excursión a Ferris Cabin?

—¿Ahora? —Respingó él.

—Está cansado, ¿eh?

Lack consultó su reloj.

—Muchacha, son cerca de las cuatro de la madrugada. Ferris Cabin no se va a mover de su sitio y está solo a una hora en automóvil; por lo menos eso es lo que nos costará llegar a las inmediaciones. Si salimos de aquí a las once, podemos alcanzar Ferris Cabin a las doce y media.

—Yo he dormido bastante. Puedo preparar lo que sea necesario...

—Quizá una cantimplora con agua. Estamos en verano y *Dry Hills* es lo más parecido a un desierto. Compre también un par de sombreros livianos; no nos vendrán mal.

Sybil sonrió.

—Ande, vaya a su dormitorio. Yo me quedaré en el diván...

—Pero, Sybil...

—Ya he dormido algunas horas y si he de trastear por la casa temprano, podría despertarle si usted se quedase aquí. Le llamaré a las diez en punto.

—Está bien —se resignó Lack.

Pese a todas sus preocupaciones, le pareció que sólo había transcurrido un minuto desde que cerró los ojos, cuando la muchacha describió las cortinas del dormitorio.

—El desayuno estará listo cuando salga del baño —anunció Sybil—. He comprado la cantimplora y los dos sombreros. Y me han seguido.

Lack se sentó en la cama.

—¿Seguro? —preguntó.

—No hay dudas. Están abajo, en la calle, dentro de su coche.

—Vigílelos discretamente. Mire a través de los visillos; procure que no se den cuenta de que usted sabe que es seguida.

—De acuerdo, Lee.

Lack fue al baño y luego se vistió. Al aparecer en la sala, se dirigió a la ventana, tras la cual se hallaba la muchacha.

—Allí, al otro lado; el coche de color amarillo claro con capota negra —indicó Sybil.

Lack estudió el vehículo durante unos momentos.

—Lo malo es que nosotros no tenemos...

—El mío está frente a la puerta —dijo Sybil.

—Así da gusto —sonrió él.

—Pero si vamos a Ferris Cabin nos seguirán, Lee.

—Creo que tengo el medio de evitar la persecución. De momento, si no le importa, voy a llenarme el estómago.

Media hora más tarde, salían de la casa con aire natural. Lack llevaba en la mano derecha una bolsa bastante grande, además de la cantimplora. Sybil se encargaría de conducir.

El coche amarillo arrancó segundos después que el de Sybil. Ella estudió los movimientos de sus perseguidores a través del retrovisor.

Salieron de la ciudad. Sybil hizo una prueba de aceleración. El coche perseguidor mantuvo la distancia.

—Sí, vienen detrás de nosotros —informó ella momentos después.

Lack no había Vuelto la cabeza un solo instante. Era preciso aparentar que ignoraban eran perseguidos.

Media hora más tarde, Lack indicó un camino lateral, poco transitado.

—Por ahí, Sybil.

La muchacha obedeció la indicación. Entonces, cuando ya estaban adentrados en el camino que conducía a *Dry Hills*, Lack se dispuso a actuar.

Sybil estaba debidamente instruida. Lack gateó para pasar al departamento posterior del automóvil y luego atrajo hacia sí la bolsa, llena de botellas vacías, que habían vuelto a llenar de agua.

Abrió la ventanilla izquierda.

—Siga y no se preocupe, Sybil.

Ella continuaba atenta al manejo del vehículo. De pronto, acometió una curva.

—Reduzca marcha a la mitad —dijo Lack.

Sybil lo hizo así, a poco de haber entrado en la curva. Segundos después, apareció el coche perseguidor a menos de veinte metros.

Lack empezó a lanzar las botellas vacías, que se rompieron en mil fragmentos al chocar contra el suelo. El conductor del coche amarillo se dio cuenta del peligro e intentó evitar los trozos de

vidrio, pero, casi de repente, una botella vino volando por los aires y se estrelló contra el parabrisas, que estalló sordamente.

El conductor perdió el dominio de su coche, en el que ya habían reventado dos ruedas. El automóvil se salió de la carretera, descendió a saltos por un talud y acabó deteniéndose bruscamente contra el tronco de un árbol.

—Acelere, Sybil —gritó Lack.

El motor del automóvil emitió un rugido. Lack volvió al asiento delantero.

—Ha sido un buen truco —rió ella.

—Pude haberle encargado que comprase tachuelas, pero coríamos el riesgo de que esos tipos se enterasen —explicó Lack—. Las botellas vacías han dado mejor resultado.

—Sobre todo, porque no se lo esperaban —dijo Sybil.

—Por cierto, ¿qué es usted? Todavía no lo sé...

—Abogado, con el título en regla. Sin embargo, no puedo ejercer en Spartha, mientras no me inscriba en la Asociación forense local.

—Caramba, con el tipo que tiene usted, Sybil, ganaría más dedicándose a modelo, se lo aseguro.

—No lo dudo, pero tendría que hacer ciertas concesiones, que no son de mi agrado. ¿Qué quiere, Lee?, tal vez soy un poco anticuada en lo que se refiere a moral.

—A mí no me disgusta su modo de pensar, Sybil.

Pero, dígame una cosa, ¿qué hará cuando se haya solucionado el caso?

—Todavía estamos empezando, Lee. Aún es pronto para hacer planes sobre el futuro —respondió ella sensatamente.

El coche se detuvo. Sybil, con los ojos convenientemente protegidos por unas gafas oscuras, contempló el desolado panorama que tenían ante ellos.

—Un paisaje ideal para hacer una película de sed —dijo.

—Por eso traje la cantimplora con agua. ¿Vamos? —propuso Lack.

Dejaron el coche a la sombra de un monolito rocoso y avanzaron hasta alcanzar una vasta explanada, en la que se veían las instalaciones abandonadas de una mina. Sybil extendió el brazo derecho.

—Ferris Cabin está al otro lado de aquel cerro, según el mapa —

dijo.

Lack estudió la eminencia, que se alzaba a unos trescientos metros por encima de sus cabezas y al otro lado de la mina. El calor era horrible; parecía como si estuvieran en un horno.

—Bien, vamos allá —suspiró, preguntándose qué podrían hallar en Ferris Cabin.

Al cabo de unos minutos, se dieron cuenta de que había un rudimentario sendero trazado en la ladera del cerro, cuya pendiente era bastante pronunciada. La ascensión resultaba doblemente fatigosa a causa del calor y de la sequedad del ambiente. Él sudor se evaporaba apenas aparecía en la epidermis, sobre cuyos sectores al descubierto se posó una leve capa blanquecina a los pocos minutos de marcha.

Poco a poco, continuaron ganando terreno. Cuando les faltaban unos cincuenta metros para la cumbre, Sybil buscó el refugio de la sombra en una anfractuosidad de la ladera.

—Quince minutos de descanso, Lee —propuso.

—Se aceptan —contestó él, a la vez que se sentaba junto a la chica.

Destapó la cantimplora. Sybil tomó un par de sorbos. Luego mojó el pañuelo y se lo pasó por la cara y cuello.

—No le importa el maquillaje, ¿eh? —sonrió él.

—A mi edad, eso importa muy poco —contestó Sybil con cierto orgullo juvenil.

—Sí, tiene razón.

Lack imitó a la muchacha. El descanso les hizo sentirse mejor. Pasados los quince minutos, volvieron a andar.

Poco después, llegaban a la cumbre del cerro. De repente, Lack agarró el brazo de Sybil y tiró de ella.

—Escondámonos, pronto —ordenó a media voz.

Buscó una gruesa roca y se arrodilló tras ella, lo mismo que la joven. Ambos contemplaron con asombro el panorama que se extendía ante sus ojos.

A unos cien metros de distancia y cincuenta en un nivel inferior, se veía una vieja cabaña de tablas y techo de lata, con un pequeño porche, sostenido por cuatro maderos. Lack divisó un rudimentario tanque de agua, hecho de un gran barril, apoyado en una armazón de vigas de madera, que tendría unos cinco metros de altura.

Bajo el porche, en una mecedora, descansaba un hombre, con un rifle terciado sobre las rodillas.

—¿Qué vigila ese tipo? —preguntó Sybil a media voz.

Antes de contestar, Lack estudió detenidamente el paisaje que se extendía ante ellos. De pronto, creyó comprender.

Había una faja de terreno completamente lisa, de unos cien metros de anchura por quinientos o seiscientos de longitud. Era evidente que, en un principio, aquella zona no había sido plana por completo, pero el suelo había ofrecido muchas facilidades para una rápida labor de nivelación.

Una de las cosas que más llamó la atención de Lack fue la total ausencia de piedras sueltas en la faja lisa, hecho que, indudablemente, se debía a la mano del hombre.

Abrió la boca para hablar. Quería comunicar su descubrimiento a la muchacha. Pero no tuvo tiempo.

Un lejano zumbido se oyó a lo lejos. El hombre que descansaba a la sombra abandonó su indolente postura y se puso en pie.

El zumbido se acentuó.

—Llega un avión —dijo Sybil.

—Dispuesto a tomar tierra en una pista cuya situación es conocida solamente de unos pocos —declaró Lack.

CAPÍTULO VII

Un chispazo de plata brilló en el cielo durante una décima de segundo. El ruido de los motores se escuchaba cada vez más cercano.

El vigilante abandonó la protección de la sombra. En el cielo, el avión describió una vuelta de 180.º y perdió altura, para enfilarse al aeródromo secreto.

El piloto sacó el tren. Lack captó la variación del ritmo de los motores del aparato, un esbelto bimotor *Piper Aztec*, con capacidad para seis pasajeros y velocidad de crucero de casi cuatrocientos kilómetros por hora.

Un aparato de tal clase no era precisamente barato, pensó Lack. Solían emplearlo personas con negocios de importancia, cuyos rendimientos permitían el mantenimiento del avión. El que los negocios fuesen lícitos o ilícitos era ya cosa distinta.

Las ruedas del bimotor tocaron el suelo. Instantáneamente, se levantó una gran polvareda blanca. Poco a poco, el avión refrenó la marcha, para detenerse frente a la cabaña, aunque el piloto mantenía los motores al *ralentí*.

La portezuela se abrió. Un hombre saltó al suelo, portador de dos bolsas de lona de regulares dimensiones. Las bolsas fueron a parar a la cabaña.

Pero el viajero sacó otras dos bolsas más. Después, habló unos momentos con el vigilante. Éste se limitó a asentir.

—Lástima —murmuró Lack—. No se me ocurrió traerme unos prismáticos.

El pasajero regresó al avión y cerró la portezuela. Los motores rugieron al acelerar. El piloto hizo virar al aparato, dio gas y el avión se deslizó rápidamente. Segundos después, se elevaba en el aire.

—Ya hemos visto algo, Lee —murmuró Sybil.

—Todo, no —contestó él—. Voy a asaltar la cabaña. Quiero enterarme del contenido de las bolsas.

—¿Está loco?

—No, ni mucho menos. ¿No le dijo su hermana que se acordase de Ferris Cabin si le sucedía algo?

Ella asintió pensativamente. Lack estudió el terreno nuevamente.

Pasaron algunos minutos. La cabaña tenía ventanas en las cuatro paredes. Era preciso esperar.

Transcurrió una hora. Al cabo de ese tiempo, el vigilante, que indudablemente había estado comiendo, salió de nuevo a la sombra del porche y se tendió en la hamaca. Lack vio que se ponía el sombrero encima de la cara.

—Va a echarse una siestecita —dijo.

Se volvió hacia la chica.

—Sybil, quietecita aquí, hasta que la llame —ordenó.

—Bien, Lee.

Sybil se dio cuenta de que su corazón latía apresuradamente. Vio que Lack se deslizaba a su derecha, hasta alcanzar un punto situado perpendicularmente a la parte posterior de la cabaña. Luego, el joven inició el descenso, procurando en todo momento mantener una línea recta, a fin de evitar ser visto inesperadamente por el guardián del lugar.

Pasaron unos minutos. Lack alcanzó una de las esquinas de la cabaña. De pronto, Sybil vio que cogía algo apoyado en la pared de tablas. No tardó en adivinar que se trataba de un palo.

Segundos después, el palo se abatía sobre el cráneo del vigilante. Éste pateó un par de veces y luego se quedó quieto.

Lack se volvió hacia la cumbre del cerro y agitó una mano. Sybil se puso en pie y echó a correr hacia abajo.

Cuando llegó a la cabaña vio a Lack ocupado en una extraña tarea. El joven no sólo había atado de pies y manos al centinela, sino que le había tapado la boca y los ojos.

—No estará muerto, supongo —dijo ella.

—Sólo ha perdido el sentido —rió Lack—. Pero no quiero que nos vea, caso de que despierte cuando todavía estemos aquí.

—Buena idea, Lee.

Momentos después, entraban en la cabaña. Las bolsas se hallaban sobre una mesa. Lack abrió la primera.

—Muy notable —dijo.

Sybil parpadeó.

—¿Drogas?

—¿Qué otra cosa podría ser?

Dos bolsas más estaban llenas de cajas de cartón, todas las cuales se hallaban repletas del mismo polvo blanquecino y amargo. En la cuarta bolsa, muy pequeña, hallaron algo distinto.

Sybil se quedó sin aliento al contemplar aquella cascada de joyas de todos los colores que se habían derramado sobre la mesa. Las gemas aparecían sin tallar, pero, aun así, ofrecían un espectáculo fascinante.

—Millones —dijo con voz trémula.

Lack asintió.

—A la policía le gustaría echar mano a todo esto —murmuró.

De pronto, Sybil, se echó a llorar.

—Pero, criatura, ¿qué le pasa? —se asombró él.

Sybil se limpió las lágrimas de un manotazo.

—Déjeme un pañuelo —pidió.

Lack comprendió que Sybil se hallaba bajo los efectos de una fuerte impresión. La muchacha se sonó ruidosamente y luego hizo un esfuerzo por serenarse.

—Pensaba... pensaba que Betty... estuvo mezclada en estos... horribles negocios —dijo al fin, con voz entrecortada.

Lack volvió las piedras preciosas a su sitio.

—Lo dejaremos todo aquí —manifestó—. Ahora debemos volver a Spartha para informar a la policía.

—¿Qué haremos con el guardián? —consultó ella.

—Lo dejaremos aquí, tal como está. No tenemos autoridad para llevarlo arrestado.

Afuera sonaron algunos ruidos. Lack pegó sus labios al oído de la chica.

—No hable en absoluto —cuchicheó—. No conviene que sepa que ha estado aquí una mujer.

Sybil asintió. Lack y ella salieron de puntillas. El centinela, evidentemente despierto, hacía esfuerzos por soltarse.

Sin hacer el menor ruido, se alejaron de la cabaña. Poco después, alcanzaban la cumbre del cerro.

Entonces, al asomarse, vieron dos coches que se detenían en el

fondo de la hondonada, no lejos de las instalaciones de la mina.

Cuatro hombres se apearon de los vehículos y, sin perder tiempo, emprendieron la ascensión al cerro. Recordando lo que les había costado a ellos alcanzar la cumbre, Lack se dijo que tenía tiempo todavía de hacer algo importante. Su aviso a la policía llegaría tarde.

—Sybil, vaya allí y escóndase —dijo, señalando una roca situada a sesenta o setenta pasos de distancia—. Procure no dejarse ver en ningún momento.

—¿Qué es lo que va a hacer usted? —preguntó ella alarmada.

—Obedezca y no se preocupe de más.

Lack dio media vuelta y echó a correr hacia la cabaña, a la que llegó en contados segundos. Lo primero que hizo fue arrancar a tirones la tubería que conectaba el agua del tanque con los servicios de la cabaña. El agua empezó a derramarse estérilmente sobre un suelo reseco que la absorbía casi instantáneamente.

Acto seguido se dirigió hacia el porche. Agarró al vigilante por los sobacos y lo arrastró unos cien metros. De nuevo volvió a la cabaña.

Puso el rifle en lugar seguro, tras cerciorarse de su carga. Luego entró en el edificio.

Encontró una lámpara de petróleo y vertió el combustible en el suelo. Sacó un fósforo, lo encendió y lo dejó caer sobre el petróleo, que se inflamó en el acto con tremenda llamarada.

Inmediatamente salió corriendo, agarró el rifle y se dirigió a toda velocidad hacia el lugar en que se hallaba la muchacha. Sybil le acogió con un hondo suspiro de alivio.

—Menos mal —dijo—. Están ya muy cerca.

Lack arrojó una mirada a la cabaña, que ya ardía en pompa. Al menos, un par de millones de dólares se consumían en las llamas.

De pronto, uno de los sujetos vio la humareda que se alzaba verticalmente en el cielo.

—¡Fuego! —gritó.

Los cuatro hombres echaron a correr. Pero no podían acelerar demasiado su paso; estaban ya al término de la subida y sus fuerzas se hallaban poco menos que al límite. Lack casi creyó escuchar los resoplidos de unos sujetos evidentemente poco acostumbrados al ejercicio físico.

Pero aquellos cuatro individuos podían ser peligrosos en otro sentido. Por dicha razón, Lack tenía el rifle del vigilante a punto, dispuesto a emplearlo si fuera preciso.

Finalmente, los hombres alcanzaron la cumbre del cerro. En ningún momento se les ocurrió que podía haber testigos que vigilaban sus movimientos en las inmediaciones.

—¡Vamos, aprisa! —gritó uno de ellos—. ¡La cabaña está ardiendo!

Ahora ya no tenían que subir, sino todo lo contrario. Los cuatro sujetos echaron a correr hacia el lugar donde se veía la hoguera en que se había convertido la cabaña.

—Ésta es la nuestra —murmuró Lack—. Nos deslizaremos por el otro lado. Hemos de llegar a la explanada de la mina antes de que se den cuenta de que estamos aquí.

Sybil asintió. La ladera del cerro era casi cónica y pudieron deslizarse a pocos metros de la cumbre, hasta alcanzar el sendero.

De repente, estalló un vivísimo tiroteo. Sybil, alarmada, se detuvo.

—Siga —exclamó él—. No se preocupe; deben de ser las municiones de repuesto del guardián.

Corrieron furiosamente hacia abajo. De repente, cuando ya estaban a punto de alcanzar la explanada, oyeron unos disparos en lo alto.

Lack se volvió. Alzó el rifle e hizo fuego. La bala pegó en una piedra, que saltó hecha pedazos, y los pistoleros se vieron obligados a esconderse.

—Sólo usan pistolas —dijo, para animar a la muchacha—. Y contra este cacharrito, no tienen nada que hacer.

—A menos que nos alcancen, claro —contestó Sybil.

Lack se volvió de nuevo. Dos pistoleros descendían ya por el sendero. Lack les envió tres balas, que levantaron nubecillas de polvo en las inmediaciones.

Los sujetos, amedrentados, se tiraron al suelo. Lack emitió una orden:

—¡Sybil, ponga en marcha su automóvil!

La muchacha corrió hacia el vehículo. Arriba continuaban sonando disparos, pero era un consumo inútil de pólvora. Las balas quedaban muy cortas.

Tranquilamente, Lack se dirigió a los coches de los pistoleros. Por medio de sendos balazos, perforó los tanques de gasolina, que empezó a derramarse inmediatamente en el suelo. En el cerro se oyeron unos aullidos de impotente furor.

Lack arrojó una cerilla al charco de gasolina más cercano. El otro automóvil estaba lo suficientemente cercano para que las llamas prendiesen sin más.

—¡Lee, ya estoy! —gritó ella.

Lack corrió hacia el automóvil de Sybil, que acababa de hacerse visible. Saltó al interior y la muchacha aceleró, mientras, a sus espaldas, se escuchaban las sordas explosiones de los tanques de gasolina.

Unos metros más adelante, Lack arrojó el rifle. Luego sacó cigarrillos y encendió dos, uno de los cuales fue a parar a los labios de Sybil.

—No se apesure, preciosa —dijo, sonriendo—. Esos tipos ya no pueden hacernos nada.

—Me pregunto cómo respetaron mi coche. En el lugar de ellos, yo habría deshinchado dos gomas...

—No lo vieron, sencillamente. Fue una suerte dejarlo a la sombra, al otro lado de aquel monolito de piedra. Pero, por otra parte, ellos ni siquiera sospechaban que podía haber gente aquí —explicó Lack.

—¿Acaso no se encontraron con los que nos perseguían?

—Tal vez llegaron por otra ruta. Una cosa es segura: les hemos asestado un golpe terrible. Lo que se ha consumido en la cabaña valía al menos dos millones de dólares, precio de mayorista.

—Lee, ¿quién organiza todo esto? —preguntó Sybil.

—Voy a darle una respuesta que quizá no le agrade —dijo él—. Con toda seguridad, los mismos que ordenaron la muerte de su hermana.

Sybil se puso triste.

—Ella estaba mezclada en estos asuntos —murmuró, apenada.

—Ya tenía años para saber qué es el bien y el mal.

Lack no quiso añadir que la muerte de Betty, como la de Wollup, se debía al hecho de que ambos se habían sentido ambiciosos, queriendo erigirse en los dirigentes de aquella organización. Habían fallado, simplemente, y ello les había costado la vida.

—De todas formas, su venganza no ha sido pequeña. En ese fuego se ha consumido una fortuna, Sybil —añadió.

Ella asintió. Lack volvió la cabeza. Una lágrima rodaba por la mejilla derecha de la joven. Pero su rostro, en cierto modo, se mantenía sereno.

CAPÍTULO VIII

Llegaron a casa muy avanzada la tarde.

—Vaya al baño y quítese el polvo de álcali de encima con una buena ducha —aconsejó Lack—. Cuando salga, tendrá preparado un refresco.

Sybil esbozó una sonrisa. En la cocina, Lack se lavó un poco la cara y las manos. Más tarde iría él a la ducha, pensó, mientras abría el frigorífico.

Era consolador haber vuelto a casa, se dijo, sin necesidad de tener que buscar comida por los cubos de basura. Pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que estaba empeñado en una partida muy importante, cuyo premio, podía decirse, era su propia vida.

Estaba terminando de preparar los refrescos, cuando sonó el teléfono.

Era el teniente Winter.

—Tengo una noticia para ti, exmendigo —dijo el policía.

—¿Buena?

—Juzga tú mismo. El sargento Browson jura y perjura que el rubí estaba en la mano de Betty Cope cuando la metieron en la ambulancia que la llevó a la Morgue. Browson no es Leaney, ¿entiendes?

—Sí, Ben. ¿Qué más?

—En la ambulancia viajaban un chófer y dos camilleros. Pero puedes contar también el empleado que se hizo cargo del cadáver.

—Demasiada gente, Ben —gruñó Lack.

—Lo siento. Puedo darte sus nombres y direcciones, si lo prefieres, aunque, en tu lugar, yo empezaría a indagar por los prestamistas. Alguno ha vendido estos días una sortija con un rubí de cincuenta kilates por cuatro cuartos. ¿Lo entiendes ahora?

—No es mala idea. Ben, ¿has oído tú algo de contrabando de drogas y piedras preciosas, todo al mismo tiempo?

—Hay rumores. Hace algunas semanas, merodearon por aquí unos cuantos federales, pero creo que se marcharon con el rabo entre piernas. No olvides que yo sólo me encargo de casos de índole estrictamente criminal —contestó Winter.

—Menos cuando los asignan a otros.

—Hay un comisionado de policía por encima de mí. Es un cargo político, Lee.

—Sí, ya comprendo. Gracias por todo. Ya te daré noticias, si consigo alguna.

Lack colgó el teléfono y tomó un sorbo del refresco. Sybil vino a poco, envuelta en una bata de baño.

—Me he convertido en huésped permanente —sonrió, al aceptar el vaso que le tendía Lack.

—Ésta es su casa —contestó él—. ¿Sabe?, me preocupa el interés que algunos sienten por el anillo que llevaba Betty cuando yo la encontré muerta.

—Es una joya muy valiosa, Lee.

—Puede, pero, a una gente que maneja tanto dinero, ¿qué puede importarles una sortija más o menos?

—Insisto, cincuenta kilates de rubí es muchísimo dinero, Lee.

—Bueno, tal vez tenga usted razón. Pero yo seguiré buscando la sortija.

—¿Dónde?

—Hay cuatro tipos que han podido apoderarse de ella. Lo más probable es que el ladrón la haya vendido y no en una joyería acreditada precisamente.

—Un prestamista.

—Sí, es lo que me ha dicho mi amigo el teniente Winter.

—¿Cuándo inicia la búsqueda, Lee?

Los ojos de Lack se dirigieron hacia la ventana.

—Mañana, ahora anochece —contestó.

—¿No va a salir esta noche?

—¿Hay comida en el frigorífico?

—Lo justo para una cena y un desayuno, Lee.

Lack se arrellenó en un butacón.

—Entonces, voy a pasar una velada hogareña —dijo, sonriendo.

—Sin palabras, me ha dicho que vaya preparando la cena —exclamó Sybil.

—Quiero conocer sus cualidades como cocinera. De todas formas, en alguna alacena hay bicarbonato.

—No se fía de mí, ¿eh? ¿Cree incompatibles las leyes con el fogón?

—Demuéstreme que ambas cosas son compatibles, Sybil.

Ella se echó a reír. Terminó el refresco y se encaminó a la cocina. Lack alargó la mano y palmeó el asiento del diván contigo. Tendría que dormir allí.

Sentíase cansado y deprimido. Había visitado ya una docena de lugares en los que un hombre podía tener interés en vender una joya robada. Hasta el momento, todas las respuestas habían sido negativas.

La decimotercera intentona, pese a su fúnebre número, dio resultado.

—Sí, estuvo aquí, pero yo no quise comprar la sortija —contestó el dueño del establecimiento—. No me gustó; valía demasiado y el presunto dueño no tenía dinero para comprar una sortija semejante en todos los días de su vida.

—¿Dio el nombre?

—No. De haber aceptado el trato, tendría que haberlo hecho, enseñando, además, la documentación. Se marchó en cuanto vio que no conseguiría nada de mí.

—Amigo, estoy seguro de que usted conoce a alguien que tiene menos escrúpulos —sonrió Lack—. ¿Por qué no me cita un nombre?

—Rip van Kreel, calle Treinta, ciento diez.

Lack hizo un gesto con la mano y salió a la calle. El lugar señalado estaba escasamente a quinientos metros, en una zona no demasiado próspera de la ciudad. Lack encontró a Van Kreel detrás de su mostrador.

—Busco al hombre que le ha vendido un anillo con un rubí de cincuenta kilates —dijo.

Van Kreel no se inmutó.

—No sé de qué me habla, amigo —contestó.

Había un teléfono de pared a la derecha del pequeño mostrador de la tienda, mugrienta y con muebles apolillados. Lack se encaminó hacia el teléfono.

—A la policía le interesa también encontrar el anillo —dijo.

—¡Aguarde!

La voz de Van Kreel sonó como el rechinar de un portón con bisagras mal engrasadas. Lack dejó el teléfono y se volvió hacia el prestamista.

—Hable —dijo.

—Vino aquí, pero no quise comprarle la joya.

—¿Por qué?

—Demasiado valiosa. No es la clásica sortija de prometida, que se compra por quinientos dólares. Aquélla valía, por lo menos, veinte o treinta veces más. Peligroso, amigo.

—¿Conoce al tipo que le quiso vender la sortija?

—No me gusta romper el secreto profesional...

Lack sacó dos billetes de veinte dólares.

—Rompamos el secreto —propuso jovialmente.

—Ed Sanders, Hooker doscientos dieciocho.

Los dos billetes cambiaron de mano.

—Gracias, Rip —se despidió Lack.

Y ya salía cuando Van Kreel le dio una noticia.

—Oiga, usted parece buena persona —dijo—. El otro que vino hace poco casi me pega.

Lack se volvió, repentinamente serio.

—¿Otro? —preguntó.

—Sí, un hombrón, más alto que usted, con señales en la cara, como si le hubiesen pegado una paliza. Me dio miedo, créame.

—¿Le dio la misma información, Rip?

Van Kreel se encogió de hombros.

—Detesto la violencia, sobre todo, si se ejerce contra mí —respondió.

Lack hizo un gesto con la cabeza y salió. Andy Horito, estaba seguro, andaba por medio.

Y si ello era cierto, la vida de Sanders no valía un centavo.

Apresuró el paso para llegar cuanto antes a la calle Hooker. En el portal encontró la indicación del piso donde vivía el hombre a quien buscaba. Subió, las escaleras de cuatro en cuatro, Sanders vivía en el tercero.

La puerta del piso estaba cerrada. Lack hizo girar el pomo, previamente cubierto por un pañuelo.

Encontró muy natural hallar el piso espantosamente revuelto. Y, como había supuesto, Sanders había muerto.

La cara del sujeto no tenía nada de agradable. Alguien se la había machacado a golpes. Algunos de ellos, sobre todo, uno en el lado izquierdo de la frente, eran casi iguales al que había visto en Betty Cope.

Horito se le había adelantado, pensó amargamente, mientras, sin entretenerse siquiera en un rápido examen del lugar, volvía a la puerta.

Cerró con todo cuidado y salió a la calle.

Una docena de chicas, escasamente vestidas, alzaban y bajaban las piernas con precisión, a los compases de una música alegre y movida. Lack serpenteó entre la gente y se dirigió hacia un pasillo que sabía conducía al lugar que buscaba.

Segundos más tarde, llamaba a una puerta. Una voz conocida dijo:

—No esperaba tu visita, Lee.

—¿Quién te ha dicho que he venido al local? Acabo de llegar...

Magda Ranthorpe lanzó una alegre carcajada.

—Mira a tu izquierda, tonto. Hay un objetivo de televisión y tengo la pantalla en mi despacho. Esto sustituye a las anticuadas mirillas de las puertas.

—Tú siempre has sido muy amante del progreso, Magda. Anda, oprime el interruptor de apertura eléctrica.

—Claro, hombre.

La puerta, poco menos que blindada, se deslizó silenciosamente a un lado. Lack cruzó el umbral y pisó una alfombra de diez centímetros de grosor.

Magda, elegantemente vestida, se puso en pie. Lack pensó que los años resbalaban por la tersa piel de la mujer, sin dejar en ella el menor rastro. Su silueta, al mismo tiempo, necesitaba apenas de ayudas ortopédicas para mantenerse tan atractiva como la de una Venus griega.

—¿Julepe de menta, Lee? —sugirió.

—Hoy voy a variar. Sírreme dos dedos de escocés, hermosa.

—Como gustes. Mientras tanto, ve indicándome a qué debo el honor de tu visita.

Lack se arrellenó en un butacón de estremecedor diseño futurista. Magda se inclinaba en aquel momento para preparar las copas. El vestido, completamente negro, carecía de tela en la

espalda.

—Me preguntaste hace días por un anillo con un rubí de cincuenta kilates —dijo él—. ¿Lo recuerdas?

Magda se irguió, sorprendida.

—Sí —contestó—. ¿Lo tienes?

—Te dije entonces que Betty había salido para la Morgue con el anillo. Pero la joya no llegó a aquel lugar.

—Lee, no te burles de mí —exclamó Magda con voz cortante.

—Estoy hablando en serio. El tipo que robó la joya ha sido asesinado, naturalmente, para que otro se llevase el anillo.

CAPÍTULO IX

Magda vino con las copas y se sentó frente a Lack, con las rodillas muy juntas.

—Entonces, es cierto que robaron la sortija...

—Sí, y hay alguien que ha estado haciendo pesquisas todo el tiempo, hasta que ha dado con el ilegal dueño de la joya. Ed Sanders era uno de los camilleros que trasladaron el cadáver a la Morgue.

—¿Cómo pudo hacerlo? —murmuró ella.

—Betty estaba ya cubierta con una sábana. Probablemente, Sanders metió la mano bajo el lienzo, atraído por la sortija. Era fácil ver que se trataba de una joya de gran valor.

—Y el otro camillero, ¿no lo vio?

—Quizá estaba distraído. Pero Sanders quiso vender la joya y no lo consiguió. El asesino, entretanto, había averiguado su dirección, lo mató y se llevó la sortija.

—¿Quién es el asesino?

Lack miró a la mujer por encima de su copa.

—El mismo que mató a Betty —respondió.

Magda se puso nerviosa.

—No pienses mal de mí —chilló.

—¿Yo? Sólo he contestado a tu pregunta —sonrió Lack—. ¿Conoces a Horito?

—Por desgracia, aunque he conseguido no tenerlo en el Crazy Horse. No me gusta Mano de Hierro.

—Ah, ése es su apodo.

—En sus circunstancias, lógico, ¿no?

—Sí, claro... Magda, lo que acabas de decirme demuestra que eres menos independiente de lo que parece.

Ella seguía muy nerviosa.

—¿Por qué no te vas de una vez, Lee? —exclamó.

Lack se echó a reír.

—Hubo un tiempo en el que querías tenerme a tu lado a todas horas —dijo.

—Eso ha pasado ya. Y yo no tengo nada que ver con Horito.

—¿A quién obedece ahora ese tipo, puesto que McCullass está muerto?

—¡Y yo qué sé...! Lee, basta de preguntas —cortó ella.

—La verdad es que la última era innecesaria. A fin de cuentas, McCullass era una hechura de Varlo. ¿Cómo van tus relaciones con Varlo actualmente? Oh, perdóname, lo había olvidado ya; has dicho que basta de preguntas.

Lack se puso en pie.

—Por cierto, alguna vez habrás oído hablar de Ferris Cabin, me imagino —agregó.

Ella se volvió rápidamente.

—¿Qué sabes tú? —exclamó.

—¿No habíamos quedado en que no habría más preguntas?

—Oh... conseguirás hacerme estallar... ¿Quién te dijo ese nombre?

—Alguien que ya ha muerto. Era muy amiga de Robert Wollup, un elegante abogado que fue asesinado en mis propias narices. Ahora que ya se van conociendo más las cosas, resulta lógica la muerte de Wollup, después de la de su amiga Betty.

—Pero tú no habías hablado jamás con Betty...

—Ella sabía escribir. Y escribió.

La cara de Magda estaba gris.

—Lee, ¿por qué te has situado en la acera de enfrente? —se lamentó.

—Debieras conocerme un poco mejor. He preferido buscar comida en los cubos de basura, antes que prestarme a ciertas cosas. Y no siento en absoluto que haya ardido Ferris Cabin. Anda, abre la puerta, ¿quieres?

Ella se acercó a la mesa y pulsó el timbre de apertura. La puerta se deslizó sin el menor ruido.

—Magda, me pregunto cómo se abriría esto si un día fallase el mecanismo —dijo Lack.

La mujer guardó silencio. Lack cruzó el umbral. La entrevista le había decepcionado profundamente, aunque no se podía decir que

había resultado infructuosa.

Pero había podido darse cuenta de que Magda estaba perdida, irremisiblemente perdida.

Porque había aceptado tomar parte en un juego macabro, en el que el único premio, pese a las apariencias, era la muerte.

En la escalera sonaron unos pasos pesados. Lack puso en tensión todos sus músculos, a la vez que apretaba con decisión el trozo de varilla de hierro de que se había provisto.

La puerta se abrió. Lack dejó que el dueño de la casa cruzase el umbral. Cuando Horito encendió la luz, le golpeó con la varilla en el antebrazo derecho, casi a la altura del codo.

Horito lanzó un aullido. Lack repitió el golpe un par de veces. El miembro quedó entumecido y sin fuerza.

La muerte de Sanders le había hecho saber que Horito se había proporcionado una segunda mano de hierro. O quizá tenía otra de repuesto, lo mismo daba.

Golpeó el diafragma del asesino. Horito se tambaleó. Lack le asestó un nuevo golpe y el sujeto, con el rostro deformado por el dolor, se sentó en el suelo.

—Basta —gimió abyectamente—. No me pegue más...

Lack se inclinó sobre él.

—Algunos creen que Betty Cope murió a consecuencia de un golpe asestado con una varilla como ésta —dijo—. ¿Quieres que te abra la frente, como tú se la abriste a ella, con el filo de tu mano de hierro?

Los ojos de Horito estaban llenos de lágrimas.

—No... no se puede probar...

—Ed Sanders ha muerto. Estoy seguro de que cambiaste el guante derecho de tu mano de hierro y pusiste otro. El primero, como el que empleaste en el caso de Betty, habrá sido quemado hasta la última partícula. Pero ¿no te parece que la policía puede relacionar ambas muertes?

—No me harán nada...

—Yo sí te haré —dijo Lack—. Estoy dispuesto a convertirte todos los huesos en pulpa, si no contestas a mis preguntas.

Horito estaba amedrentado. Había perdido la iniciativa. Y ya una vez aquel sujeto le había derrotado, sin necesidad de armas.

—Oiga, si le contesto, me comprometeré...

—Estás comprometido hasta el cuello, Mano de Hierro. Son dos asesinatos, ¿comprendes? Esto es más difícil de tapar de lo que tú crees. A última hora, quienes te protegen, tratarán de salvarse ellos y dejarte a ti en la estacada.

Horito se lamió los labios.

—A mí me mandan y obedezco —dijo.

—Y, ¿quién te manda ahora?

—Fulshom.

—No le conozco...

—Sustituye a McCullass en el Sarah's.

—Ah, ya entiendo. ¿Fue Fulshom el que te ordenó liquidar a Sanders?

Horito desvió la mirada.

—Vamos, contesta, ¿qué te dijo Fulshom exactamente? —le apremió Lack.

El asesino guardó silencio.

—Fulshom te dijo que buscarás una sortija que Sanders debía de tener en su casa, ¿no es así, Andy? —exclamó el joven.

—¡Pero no encontré la sortija! —gritó Horito.

Lack se quedó perplejo. En aquella respuesta había una espontánea sinceridad, de la cual no se podía dudar.

—Y Sanders me dijo que no la tenía, pero yo no le creí...

—Por lo cual, le golpeaste hasta machacarle la cabeza.

Horito volvió a callar. De pronto, Lack se dio cuenta de que la mano izquierda del sujeto se deslizaba hacia el costado opuesto.

La varilla funcionó de nuevo. Horito gritó cuando el hierro le golpeó dolorosamente en los nudillos.

Acto seguido, le quitó el revólver y lo tiró debajo de un diván. Luego se encaminó hacia la puerta. Horito lloraba de dolor y de vergüenza.

—Alguien vendrá a buscarte muy pronto —anunció Lack, al tiempo de abrir la puerta.

Cuando salía al corredor, oyó el ruido del ascensor. Rápidamente, se escondió en una revuelta próxima.

Tres hombres, dos de ellos uniformados, salieron del ascensor. El que vestía ropas de paisano, dijo:

—Aguarden aquí.

—Bien, sargento —contestó uno de los policías.

Leaney tanteó la puerta con la mano izquierda. Abrió y entró en el piso.

Un segundo después, se oyó su voz:

—¡Deja esa pistola, Andy!

Casi en el acto sonaron tres disparos. Lack se estremeció.

Horito emitió un largo y ululante lamento. Luego se calló.

El sargento Leaney se asomó a la puerta.

—Creo que está muerto, pero, por si acaso, llamen a la ambulancia —ordenó.

—Sí, señor.

Uno de los agentes volvió a meterse en el ascensor. Leaney y el otro entraron en el departamento de Horito.

—Me vio y quiso sacar su pistola —sonó la voz de Leaney—. No tuve otro remedio que...

«¡Embustero!», pensó Lack, mientras se deslizaba cautelosamente hacia la escalera.

—De modo que Horito ya no es peligro para ellos —concluyó Lack sus explicaciones, mientras Sybil le servía la segunda taza de café.

—Al parecer, es un negocio en gran escala —comentó ella.

—No lo dude. Están dispuestos a matar, a robar, a sobornar a quien sea..., pero no consentirán que nadie les ponga la mano encima.

—Terrible —murmuró Sybil, mientras se sentaba frente al joven—. Casi dan ganas de abandonar.

—¿Ahora?

Ella le miró con expresión de desánimo.

—¿Conseguiremos algo, Lee?

—De momento, ya les hemos estropeado unos cuantos millones. Me imagino que a estas horas, deben de estar tirándose de los pelos, tanto por la pérdida, como por los gastos realizados, que no son una fruslería, si se considera, por ejemplo, la compra del avión que transportaba el contrabando.

—Pero seguirán adelante. Lee.

—Y nosotros también, Sybil.

Hubo un momento de silencio. Luego, ella preguntó:

—¿Qué tiene usted en cartera?

Lack alargó la mano hacia el teléfono.

—Tome el supletorio —indicó.

Sibil obedeció. Lack marcó una cifra y aguardó unos momentos. La voz de Winter llegó a oídos de ambos:

—Adelante, Lee, te escucho —dijo el policía.

—Supongo que te has enterado de la muerte de Horito, Ben.

—Sí, aquí, en mi mesa, tengo el informe redactado por el sargento Leaney.

—Yo creía que te habían apartado del caso...

—Eso no tiene nada que ver. Sigo siendo su superior jerárquico y debo recibir el informe, hacer las correcciones pertinentes, si procede, y pasarlo luego al comisionado Dunlay.

—Entiendo. Ben, dame un extracto del informe, por favor.

Winter habló durante unos minutos. Al terminar, Lack dijo:

—Hay muchas falsedades en ese informe, Ben. La verdad es que Leaney se «cargó» a Horito. Andy tenía un revólver, pero se lo había quitado yo momentos antes y estaba debajo de un diván. El usaba siempre un «seis tiros» y no una automática que, seguramente, fue dejada por Leaney junto a la mano de Horito.

—Pero los guardias que le acompañaban...

—Se quedaron fuera. Leaney gritó, como si intimase a Horito, pero éste no podía disparar, porque su revólver estaba al otro lado de la habitación. Leaney le metió tres balas en el cuerpo con una mano; con la otra, dejó la pistola junto al cuerpo de Horito. Y si no me crees, ve a casa de Andy y busca en el diván del rincón opuesto a la entrada.

—Lee, sabes mucho —comentó Winter.

—Testigo presencial —contestó el joven.

—¿Por qué ha muerto Horito?

—Mató a Betty y a Sanders. Era preciso cerrar su boca.

—Ya entiendo. Lee, gracias.

—De nada, buen amigo, buen policía.

Lack colgó el teléfono y miró a Sybil.

—Mañana necesitaré un préstamo —dijo él.

—Tengo algo de dinero —respondió la muchacha—. ¿Cuánto necesita?

—Lo justo para abonar dos cuotas de inscripción en la Asociación de Abogados de la ciudad —contestó Lack.

CAPÍTULO X

El sargento Leaney, alto, membrudo, con cara de sentirse satisfecho de sí mismo, entró en el despacho de su inmediato superior y vio a una pareja sentada a la derecha de la mesa de Winter.

—Me llamaba, teniente —dijo.

—Sí, sargento. Permítame que le presente a la señorita Sybil Harrod y al señor Lack. Ambos son abogados y se han constituido en parte civil contra la persona o personas que dieron muerte a Betty Cope.

—Interesante —comentó Leaney—. Yo hago lo que puedo...

—Ya ha hecho bastante, sargento. Tenga la bondad de entregar su placa y su pistola.

Leaney se quedó parado.

—Teniente, ¿por qué...?

—Obedezca. Luego le daré todas las explicaciones necesarias.

Leaney se mordió los labios.

—Comete una injusticia, teniente —dijo.

Winter guardó silencio. Cuando tuvo delante de sí la placa y el arma del infiel sargento, alargó la mano izquierda y levantó un paño blanco. Debajo apareció un revólver de seis tiros.

—Ésta es el arma auténtica de Horito, sargento —manifestó.

La cara de Leaney se puso gris. Winter miró fijamente al hombre que tenía frente a sí.

—Usted irrumpió en casa de Horito, gritando que tirase la pistola. Inmediatamente disparó, tras haber dejado una pistola cualquiera junto al cuerpo de Andy. Pero cometió un grave error; dijo pistola y no revólver, que era lo que Horito había usado siempre. Claro que, bien mirado, pistola y revólver son dos palabras hasta cierto punto sinónimas; un revólver no es sino una pistola con un tambor giratorio, precisamente por lo cual recibe dicho nombre.

Pero usted estaba ya obsesionado por dejar una pistola junto al cadáver de Horito, y gritó precisamente ese nombre y no el otro.

»Por si fuera poco, el revólver de Horito ha aparecido. Y también hemos encontrado al que le vendió el segundo, después de que otro explotase en manos de McCullass. El vendedor ha identificado el arma sin lugar a dudas. ¿Lo entiende ahora, Leaney?

El sargento aparecía abrumado.

—Yo fui con dos agentes de mi entera confianza —añadió Winter—. No hay duda alguna de que el revólver estaba en el lugar que me señalaron. Y Horito ni siquiera llegó a desenfundarlo para disparar contra usted, porque alguien se lo había quitado momentos antes.

Winter apretó un timbre de la mesa. Leaney miró a Lack.

—Sí, yo le quité el arma a Horito y la arrojé debajo del diván —contestó el joven a la muda pregunta del policía asesino.

Dos agentes entraron en el despacho.

—Llévenselo, acusado de homicidio deliberado —ordenó Winter.

Abrumado, completamente desmoralizado, Leaney salió sin protestar. Winter se volvió hacia la pareja.

—Este asunto no se ha terminado aún —observó.

—Seguiremos hasta el final, Ben —dijo Lack.

—El adversario es terriblemente poderoso.

—¿Tienes miedo, Ben?

Winter meneó la cabeza.

—Nunca, mientras esté convencido de que lo que hago es justo —respondió.

De pronto, un hombre, elegantemente vestido, irrumpió en el despacho.

—Teniente, ¿qué tonterías acaban de contarme? —barbotó—. ¿Quién le ha contado esa fantástica historia de que Leaney es el asesino de Horito?

Winter se puso en pie.

—Señor comisionado... —Hizo las presentaciones y agregó lo mismo que ya le había dicho a Leaney. Luego dijo—: Y no es una historia fantástica; hay pruebas suficientes para acusar al sargento de homicidio premeditado.

Dunlay se quedó con la boca abierta.

—Pero, por el amor de Dios, teniente...

—Señor —dijo Winter—, si usted lo ordena, yo abandonaré este caso. Pero no podrá impedirme que informe a la prensa. Y en Spartha se publican más periódicos que el *The Citizen Voice*.

—¡Oh, no, no, caramba, no sea usted tan quisquilloso, teniente! —dijo Dunlay, conciliador—. La justicia antes que todo..., pero la verdad, el sargento me pareció siempre un buen elemento... y, a fin de cuentas, Betty Cope no era más que una vulgar bailarina desnudista...

Sybil se puso vivamente en pie.

—¡Señor Dunlay, Betty Cope era mi hermana! —protestó a voz en cuello.

El comisionado enrojeció.

—Pero... el apellido, señorita Harrod...

—Lo usaba artísticamente. Usted debiera estar enterado del detalle. ¿O no es también un policía? ¿No está obligado a leer los informes de sus subordinados?

—Bueno, señorita... Uno tiene tantas cosas en la cabeza...

—Le diré lo que tiene usted constantemente en esa olla de puré de judías que tiene por cabeza. En todo momento, no piensa más que en el próximo paso de baile que llegue a agradar a Nick Varlo —dijo Sybil hirientemente.

—¡Señorita! —gritó Dunlay.

—Lo dicho, dicho queda —exclamó ella—. Pero, pedazo de tonto, ¿es que no se da cuenta usted de que todo el mundo lo sabe en Spartha? ¿Es que no sabe ver que no todos son esbirros de Varlo, que hay una inmensa mayoría de gente honrada, que querría tener un Departamento de Policía honrado y no dirigido por un títere bien vestido?

El rostro de Dunlay parecía la cáscara de una langosta recién cocida. Lack se reía viendo la cara de Winter, que hacía heroicos esfuerzos para no estallar en carcajadas.

Sybil agarró su bolso.

—Comisionado, no le quepa la menor duda de una cosa: soy abogado y lucharé para que resplandezca la verdad sobre la muerte de mi hermana. Caiga quien caiga. Aunque sea usted uno de los que se vayan al diablo cuando todo esto explote como una bomba —concluyó su violenta filípica.

—Ha... haremos lo que podamos..., señorita...

Pero Sybil ya no le escuchaba Lack la había dejado desahogarse plenamente, sabiendo que era algo que le convenía. Y también al sinuoso Dunlay le convenía escuchar algunas verdades.

El cargo de comisionado jefe de la policía era político, pero Varlo había tenido mucho que ver con el nombramiento. Probablemente, pensó Lack mientras salían a la calle, Dunlay se limitaba en la mayoría de las ocasiones a hacer la vista gorda en muchas cosas, pero el asunto estaba llegando ya a un punto en que era difícil la ignorancia. Incluso el propio periódico de Varlo tendría que definirse en un sentido u otro. Ya no se trataba solamente de un entrometido periodista, que quería levantar la manta que cubría algunos negocios sucios.

—Esto es más serio ahora —dijo, mientras se sentaba tras el volante del coche. Sybil seguía aún muy nerviosa y no convenía que manejara el vehículo—. Hay unos cuantos crímenes y la cosa no se puede tapar tan fácilmente como un contrato de construcción atribuido a un amigo o alguna cosa por el estilo.

Sybil asintió.

Había lágrimas en sus ojos. Lack trató de animarla.

—Ha estado muy bien —dijo—. Dunlay se merecía unas cuantas frases como las que usted le ha dicho.

—Pero él ha dicho otra cosa que me ha dolido mucho. Y, sin embargo, era cierta —contestó ella con acento afligido.

—Sybil, usted necesita un poco de distracción —manifestó Lack—. ¿Por qué no nos vamos a cenar y a presenciar un espectáculo?

Sybil vaciló.

—¿Usted cree que me conviene? —preguntó.

Lack sonrió.

—Haremos efectiva la tan manoseada frase de matar dos pájaros de un tiro —contestó.

El Sarah's era, evidentemente, mucho más modesto que el local de Magda, pero resultaba pasable. Sybil consiguió reír con un gracioso profesional y los chistes que contaba. Las bailarinas estaban faltas de entrenamiento, pero tenían su atractivo.

Una mujer agitó la mano para saludar a Lack. El joven contestó con un gesto análogo. A Sybil le desagradó.

—¿Quién es esa... prójima? —preguntó.

—Sybil, quizá usted, por lo que se refiere a sí misma, pueda

calificar así a otras mujeres, pero ¿no se acuerda ya de lo que le dijo a Dunlay?

Ella enrojeció vivamente.

—Perdóneme, Lee —murmuró—. De todos modos, no lo dije con la mala intención que usted supone.

—¿Le molestó que la saludara?

Sybil hizo un gesto ambiguo. Lack sonrió para sí.

—Se llama Sally Roberts y fue la que me contó lo que había entre Betty y Wollup —explicó.

—Oh, ahora comprendo... Trabaja aquí, parece.

—Sí. Antes estaba en el Crazy Horse, pero Magda Ranthorpe la despidió. Dijo que ya se había hecho vieja para su local.

—Cuestión de opiniones, ¿no cree?

Un hombre se acercó de repente a la mesa.

—Estás bien acompañado, Lee —sonrió—. Preséntame a la dama, ¿quieres? —solicitó.

Lack sonrió también.

—Sybil Harrod, Galton Smith, periodista. Del *Post*. Un aficionado a meter la nariz en todas partes, como era yo antes de que Varlo se cansara de mis actividades —dijo.

—Periodista, ¿eh? —exclamó Sybil—. Encantada, señor Smith.

—Lo mismo digo, señorita Harrod. ¿Puedo sentarme, Lee?

—Claro. Y pide también una copa, Galton.

Smith agitó la mano. Vino un camarero y se alejó después de recibir la petición del periodista. Smith entró en materia casi instantáneamente.

—En jefatura me han dicho que tú y la señorita vais a ejercitar acciones legales por el asesinato de Betty Cope. ¿Qué hay de ello, Lee?

—Cierto, Galton. Aunque no lo creas, ella también es abogado. Y era, pero no lo divulgues por el momento, hermana de Betty Cope.

—Muy interesante —musitó Smith—. ¿Cuándo me darás más noticias?

—¿De qué nos va a servir facilitarle información, si no podrá publicar nada? —se lamentó Sybil.

—Señorita Harrod —declaró Smith—, debe saber que el *Post* es un diario completamente independiente, del que Nick Varlo no posee ni el valor de un vaso de papel para café. Es cierto que ha

tratado de comprarlo en más de una ocasión, pero el editor propietario, Horace Belding, se ha negado rotundamente a cualquier componenda. No en el más amplio, sino en el estricto significado de la frase, Belding es un hombre honrado.

—Gusta oír hablar así —sonrió la muchacha—. Dispénsame, señor Smith.

—Está dispensada —rió el periodista—. Nosotros no tenemos ninguna obligación con nadie, excepto con la verdad.

—Tendrás una buena información en el momento adecuado, te lo prometo, Galton —aseguró Lack.

—Y, tras comprobar su veracidad, se publicará sin omitir una sola coma —aseguró Smith solemnemente.

—Galton, ¿piensas publicar la noticia de la muerte de Horito y el arresto del sargento Leaney?

—Mañana por la mañana, saldrá en primera plana. ¿Qué sabes tú del asunto?

Lack sonrió sibilinamente.

—Escucha... —dijo. Y empezó a hablar.

CAPÍTULO XI

Galton Smith se marchó. De pronto, un individuo alto, con cierta prominencia ventral y una brillante calva, se acercó a la mesa.

—Me felicito de que hayan acudido a mi local —dijo el sujeto untuosamente—. Ella es Sybil Harrod, supongo, señor Lack.

—La misma, Fulshom —contestó el joven—. ¿Qué tal le sienta el traje de McCullass?

Fulshom respingó.

—La ropa es mía...

—Oiga, yo me refería al empleo. ¿Ya se ha enterado de lo de Horito?

—Le había despedido. —Contestó Fulshom con los labios prietos—. No me gustan cierta clase de tipos donde yo dirijo un negocio.

—Lo que sucede es que Horito resultaba ya demasiado comprometedor. Pero no se las dé de honrado; aquí todos sabemos la clase de tipo que es usted.

—Yo no le he insultado, señor Lack —se quejó Fulshom.

—Amigo mío, no hace ni siquiera un año usted iba por ahí, de pareja con Horito, cobrando las cuotas mensuales de «protección», y apaleando a los comerciantes que se negaban a pagar o quemándoles el negocio. Fulshom, no se las dé de virtuoso; publicar eso y algunas cosas por el estilo, me costó el empleo en el *Citizen*.

La cara de Fulshom estaba roja como una guinda. Boqueaba, porque quería hablar, pero no encontraba palabras para la respuesta que deseaba dar al experiodista.

—De..., de todos modos... vine con..., con ánimo conciliador...

—Logró articular, no sin esfuerzo.

Muchas gracias, pero no es necesario. ¿Quiere dejarnos seguir cenando en paz?

Fulshom dio media vuelta y se marchó.

—¿Es cierto eso que ha dicho usted, Lee? —preguntó Sybil

después de que se hubo quedado sola con el joven.

—Rigurosamente verídico. Fulshom no es mejor que McCullass; incluso diría yo que es más astuto —respondió Lack.

—Está visto que nunca falta gente para cierta clase de trabajos —suspiró la muchacha.

—Puede estar segura de ello, Sybil.

Todavía estuvieron durante un buen rato. Al fin, Lack llamó al camarero para abonar la nota.

El hombre dijo:

—Han sido invitados por el señor Fulshom.

Lack respingó ligeramente. Luego sacó unos billetes y los depositó sobre la mesa.

—Tenga la bondad de cobrar mi cuenta, por favor —dijo.

Tomó el brazo de la muchacha y la empujó hacia la salida. De pronto, alguien tropezó con él. Lack se tambaleó ligeramente.

—Revisa tu coche, Lee —dijo Sally con un rápido bisbiseo. Luego levantó la voz—. Discúlpeme, caballero.

—No hay de qué, señora —respondió el joven cortésmente.

Salieron a la calle. A la izquierda había una gran explanada para el estacionamiento de los vehículos. Lack buscó el de Sybil, que era el que usaban habitualmente.

—No entre en el coche —dijo.

Ella comprendió. Lack levantó la tapa del motor y casi en el acto divisó el grueso paquete de cartuchos de dinamita que había sujeto a un pequeño mamparo de metal.

Con infinito cuidado, desprendió los cables eléctricos. Luego dio un tirón, y arrancó el fajo de cartuchos, que enseñó a la joven.

—Mire —dijo.

Sybil sintió un escalofrío de horror.

—Podíamos haber volado por los aires —exclamó.

—Y no nos habríamos enterado siquiera —confirmó él lúgubremente—. Ande, vamos.

Sybil se sentó tras el volante. Lack lo hizo a su lado, teniendo en las rodillas la media docena de mortíferos cilindros, de cuya existencia se había enterado tan oportunamente, gracias a Sally.

Mentalmente, dio gracias a la joven por el aviso tan oportuno que les había salvado la vida. De repente, Sybil lanzó una exclamación:

—¡Lee, nos siguen!

Lack se volvió. A menos de cien metros, un automóvil se mantenía obstinadamente detrás de ellos. Era obvio que Fulshom se había dado cuenta de que su ardid de la dinamita había fallado y ahora quería completar la labor por otros medios más directos.

Sybil aceleró. Lack se mordió los labios.

Su situación no tenía nada de agradable. Estaba seguro de que en el coche perseguidor viajaban dos o más pistoleros, los cuales la emprenderían a tiros con ellos, apenas se les presentase la ocasión.

De repente, se le ocurrió una idea. Deshizo el paquete de cartuchos y lanzó uno por la ventanilla.

El conductor del coche perseguido vio el largo cilindro que caía a la carretera y rebotaba y rodaba varias veces justo en la ruta que seguía. Otro cilindro siguió inmediatamente al anterior.

—¡Dinamita! —aulló—. ¡Nos están lanzando cartuchos de dinamita!

Una portezuela se abrió instantáneamente y uno de los pistoleros, enloquecido por el pánico, se tiró a la carretera, sin reparar en que el automóvil marchaba a más de cien kilómetros por hora. El cuerpo del sujeto saltó y rebotó horriblemente varias veces, antes de salir fuera del camino y quedarse inmóvil.

Casi al mismo tiempo, el conductor, queriendo evitar la explosión, golpeaba el volante hacia su izquierda. El automóvil viró ceñidamente, atravesándose en el centro de la carretera, para empezar a dar volteretas inmediatamente. De súbito, la bocina de un enorme camión sonó con estridentes tonos de alarma.

La parte delantera del camión golpeó al automóvil con indescriptible violencia. Era una masa de cuarenta toneladas y el impacto hizo volar al coche más de veinte metros, lanzándolo contra un árbol, en el que se dobló la carrocería en ángulo, como si hubiera sido de simple cartulina.

Sybil refrenó la marcha del vehículo. Lack notó la pérdida de velocidad.

—Siga, no se preocupe —dijo.

El horrible ruido del vuelco y el del choque subsiguiente habían llegado a oídos de la muchacha. Sybil trató de dominar el temblor de sus manos.

—Ha..., ha sido espantoso...

Lack sacó un cigarrillo y lo encendió. Quiso ofrecérselo a la muchacha, pero ella negó con la cabeza.

—Sybil, no lamente la muerte de esos forajidos —dijo, después de la primera bocanada de humo—. Tarde o temprano, tenían que acabar así. O como Horito.

Los restantes cartuchos fueron a parar lejos del vehículo. Momentos después, entraban en la ciudad.

—No sé si voy a poder dormir —dijo Sybil cuando ya se disponía a estacionar el vehículo.

—Le daré un sedante —propuso Lack, comprendiendo que Sybil necesitaba algo que calmase sus nervios alterados.

El periódico de la mañana traía una noticia en apariencia carente de interés. A Lack le preocupó muchísimo, tanto, que apenas si concedió un par de miradas a la reseña del accidente de la víspera, en el que tres hombres habían muerto.

Sybil salió del baño y vio al joven con el ceño fruncido.

—¿Cuál es la mala noticia? —Adivinó.

Lack le tendió el periódico.

—Léala usted misma —aconseja.

Ella paseó la vista por los renglones escritos. Apenas terminó la lectura, se sintió consternada.

—No hay duda —dijo—. Varlo es terriblemente poderoso.

—En efecto...

El teléfono sonó de pronto. Lack acercó el aparato a su cara.

—¿Lee? Soy Ben —dijo el que llamaba.

—¿Cómo estás? —preguntó Lack.

—Imagínate. Supongo que ya conoces la noticia.

—Sí, acabo de leerla en el diario.

—Lo siento, Lee.

—No te preocupes, Ben. Nosotros seguiremos adelante. ¿Quién ocupa tu puesto?

—Harry Skinner. Es buen chico, pero de poca iniciativa. Y se mostrará muy dócil, tú ya me entiendes.

—Desde luego. Ben, el que lo siente soy yo, pero por ti.

—No te preocupes; a fin de cuentas, no podían echarme. Hubiera resultado demasiado espectacular y por eso me han enviado a dirigir la sección administrativa. Vamos, me han convertido en un chupatintas.

—Con Skinner en tu sitio, el asunto se irá desvaneciendo poco a poco, hasta que nadie se acuerde de ello.

—Exacto. Por supuesto, Leaney continúa bajo arresto, pero no tardará en surgir un abogado que lo defenderá adecuadamente y volverá a convertirlo en un héroe. En fin, yo ya no puedo hacer más. Adiós, Lee.

Lack dejó el teléfono en la horquilla nuevamente. Su mirada se cruzó con la de Sybil.

—Hemos recibido un golpe durísimo —dijo la chica.

—Aguarde un momento —exclamó él—. Yo he sido un tonto; sólo he comprado el *Citizen*. Es preciso saber qué dice el *Post*.

Lack salió a la calle para volver minutos más tarde, con un ejemplar del periódico en que trabajaba su amigo Galton Smith. No tardó mucho en encontrar un duro comentario acerca de los inesperados cambios en el Departamento de Policía, cambios que al articulista le parecían absolutamente injustificados y debidos más a una política poco clara que a una decisión lógica.

«¿Qué es lo que se pretende con estos cambios? ¿Acaso hay alguna mano oculta que tiene interés en paralizar las investigaciones sobre el asesinato de Betty Cope?», terminaba así el comentario.

—Bien —dijo Lack, satisfecho—, por lo menos, Varío podrá ver que hay alguien en quien no puede mandar. Voy a hablar con Galton; todavía tengo más cosas que contarle.

Al día siguiente, el *Post* hablaba del aeródromo secreto de Ferris Cabin y hacía una pregunta directa:

«¿Es cierto que Ferris Cabin ardió completamente y que en el incendio se quemaron más de dos millones de mercancía de contrabando, drogas y piedras preciosas?».

—Vario arderá cuando lea esto —dijo Lack, satisfecho.

—Pero ¿resulta positivo para nosotros? —dudó Sybil.

—Lo positivo estriba en saber que hay alguien que no teme decir la verdad —contestó él.

Por la noche, una de las emisoras locales de radio dio la noticia de que Galton Smith, periodista del *Post*, había sido atacado por

unos desconocidos, quienes le habían apaleado brutalmente. En el Hospital Central había sido asistido de diversas lesiones, entre las que figuraban dos costillas rotas, el tobillo derecho fracturado y la pérdida de cuatro piezas dentarias, además de un golpe en el ojo derecho, que ponía en grave riesgo la visión del mismo. Smith salvaría la vida, pero su curación sería larga y costosa.

El *Post* lanzó al día siguiente un atronador editorial, en el que, entre otras cosas, se decía:

«Ciertos métodos brutales no nos han intimidado ni nos intimidarán jamás, ni ahora ni nunca en el futuro. Nuestra obligación es decir la verdad y velar por la honestidad en todos los aspectos. El bárbaro ataque de que ha sido objeto uno de nuestros más distinguidos informadores, no hace sino reafirmarnos en nuestra decisión. Y, a menos que nos maten a todos y arrasen el edificio que es sede de nuestro periódico, seguiremos adelante, hasta que se haya hecho en Spartha la limpieza que reclaman los ciudadanos honrados. Y al decir limpieza, no hablamos precisamente de los barrenderos municipales».

Lack se echó a reír al leer el último párrafo del editorial.

—Esto hará rabiar a Varlo —dijo.

—Diría que ha estado hablando con el director del *Post*, Lee —comentó la muchacha.

—Sí. Tuvimos una larga conversación telefónica. Quiere que ocupe el puesto de Galton, mientras esté en el hospital.

—¿Aceptará?

—De un modo irregular. Le suministraré informaciones, sin aparecer por el periódico. Horacio Belding es tan terco como honrado.

—Pero Varlo tiene un poder inmenso, Lee.

—Es más lo que se dice de lo que es en realidad. Si tan seguro estuviera de sí mismo, no necesitaría manejar a Dunlay como si fuese un pelele ni enviar a sus esbirros a apalea a un periodista honrado. No, Sybil, aunque usted no lo crea, Varlo tiene miedo. Y cuando un hombre aparentemente poderoso tiene miedo, empieza a cometer errores..., lo que significa que él mismo se está cavando su

propia tumba.

CAPÍTULO XII

De repente, llamaron a la puerta.

Sybil se estremeció. Lack volvió la cabeza y miró hacia la entrada con ojos expectantes.

La llamada se repitió. Lack se resolvió a abrir.

Un hombre vestido con uniforme oscuro apareció ante sus ojos.

—¿Señor Lack?

—Sí, yo mismo.

—Soy Burt, chófer particular del señor Varlo. El señor Varlo desea hablar con usted. Y con la señorita Harrod. Estaré aguardándoles abajo, junto a la acera.

Burt hizo una leve inclinación de cabeza, se puso la gorra, giró casi militarmente sobre sus talones y desapareció de la vista de los dos jóvenes.

—Sybil, ¿ha oído? —preguntó Lack por encima del hombro.

—Sí, Lee. ¿Piensa ir?

—Nos han citado a los dos.

Ella soltó una risita nerviosa.

—Diga mejor que nos han dado una orden —corrigió sarcásticamente.

—Vario es así, muchacha.

—Ya veo. Pero ¿cuál es su decisión?

Lack se volvió hacia la chica.

—¿Tiene deseos de conocer a Varlo personalmente? —preguntó.

—Me siento curiosa..., a pesar de que me doy cuenta de que vamos derechos a la boca del lobo.

—Le haremos cosquillas en la garganta; eso le dará náuseas y le impedirá devorarnos. ¿Tiene que arreglarse, Sybil?

—Cuestión de diez minutos, Lee —respondió la muchacha.

El coche era grande, lujoso. Lack y Sybil se acomodaron en el asiento posterior. Lack respiró aliviado al ver que Burt había ido

sólo a buscarlos.

Poco después, salieron de la ciudad. Burt guió hacia el sur. Media hora después, el coche se detuvo ante una propiedad, cerrada con una alta tapia, de cuya puerta de acceso, una elegante verja de hierro, cuidaba un hombre uniformado.

Sybil observó con no poca envidia el bien cuidado jardín que rodeaba a la residencia de Varlo. Sus dimensiones eran enormes y cerca de la casa había una piscina de grandes dimensiones, rodeada por una zona de mullido césped. En uno de los lados se divisaban varias sombrillas de vivos colores y muebles de jardín.

Una mujer tomaba el sol, cubiertos los ojos con unas grandes gafas de color y el cuerpo escasamente vestido. A su lado, había un hombre sentado, vestido con una camisa muy ligera y pantalones del mismo tejido. Los ojos de Nick Varlo estaban también protegidos por unas gafas oscuras.

Junto a la mesa de Varlo, había otra de ruedas, con servicio de licores y hielo. A Sybil le temblaban ligeramente las piernas al avanzar hacia el hombre todopoderoso, cuya palabra era ley en Spartha.

Vario se puso en pie al acercarse la pareja. Sybil casi gritó de asombro, al ver la ridícula estatura del sujeto, que no parecía rebasar el metro y medio. Los hombros de Varlo, en cambio, eran desproporcionadamente anchos y sus brazos parecían alcanzar hasta las rodillas.

Sin embargo, el rostro de Varlo no tenía nada de simiesco, incluso resultaba atractivo hasta cierto punto. Pero sus ojos parecían poseer la dureza del diamante, apreció Sybil, cuando el dueño de la mansión se quitó las gafas oscuras.

—Es un placer, señorita Harrod —saludó con exquisita cortesía—. Gracias por haber aceptado mi invitación. Y a usted también, señor Lack.

—Ella dice que no es invitación, sino orden —sonrió el joven.

Vario emitió una risita de circunstancias.

—A usted no le digo nada, Lee —habló con acento natural—. A usted, señorita Harrod... ¿Conoce a la señora Ranthorpe?

La mujer que tomaba el sol agitó una mano.

—Lee, tienes buen gusto —dijo—. Es una chica guapísima.

—Bastante más que tú, Magda —contestó Lack.

Magda se incorporó ligeramente, furiosa por la respuesta.

—¡Lee...!

—¿Acaso esperabas que contestara diciendo que tú lo eres más?
—rió Lack—. Soy un enamorado de la verdad, Magda, no lo olvides.

—La verdad, a veces, resulta perniciosa —intervino Varlo, acercándose a la pareja con sendos vasos en la mano—. A usted le gusta mucho el julepe de menta, Lack.

—Está usted muy bien informado de mis preferencias, señor Varlo.

—Poseo una completísima información de las personas hacia las que siento interés. Siempre resulta conveniente, créame.

—En tal caso, también estará informado del estado de salud de Galton Smith.

Vario acusó el golpe. Apretó los labios un instante, pero logró sonreír.

—Por favor, pónganse cómodos —dijo—. Tenemos que hablar.

—Lástima —suspiró Sybil—. De haberlo sabido, me habría traído el traje de baño.

—Yo puedo prestarle uno de los míos, si lo acepta, muchacha —invitó Magda.

—No, gracias, me estaría muy grande de pecho y caderas.

Lack soltó una carcajada. Varlo rió también de buena gana.

—Esto no tiene ninguna gracia —dijo Magda, a la vez que se levantaba coléricamente—. Me marchó; no quiero seguir escuchando más tonterías.

—¡Magda, siéntate!

La voz de Varlo sonó metálica, estridente. Magda vaciló.

—Obedece —sonrió Lack.

Magda se acercó a la mesita de los licores y se sirvió una generosa dosis de *whisky* en un vaso. Estaba muy enfurecida, adivinó Lack, a juzgar por la expresión de su rostro.

—¿Empezamos ya, muchachos? —dijo Varlo.

Lack movió la mano con la que sostenía su vaso.

—Somos todo oídos —contestó.

—Hay dos maneras de derrotar a un adversario —empezó diciendo Varlo—. Una de ellas es convertirlo en amigo. Otra es facilitarle la retirada. Hay quien dice que existe una tercera forma:

combatirle hasta el final. Personalmente, no soy amigo de esta solución. Me gustan más las otras dos, sobre todo la primera.

—Nick, sinceramente, después de lo que ha pasado, ¿cree que yo puedo ser su amigo? —preguntó Lack.

—No. Y me gustaría. Pero he llegado a conocerle. Por eso debo quedarme con la segunda solución.

—Facilitarme la retirada, puesto que ya he rechazado la primera —dijo el joven.

—Es usted el que está eligiendo, no yo —contestó Varlo.

—Es que también ha mencionado una tercera solución, Nick.

—Hombre, no se le ocurra elegirla. Sería horrible.

—¿Para quién?

—No para mí, por supuesto. Magda, lléname el vaso otra vez —pidió el dueño de la casa, sin mirarla siquiera.

—¿Puedo hablar yo? —consultó Sybil.

—Desde luego, señorita. Diga lo que quiera, con entera libertad.

—Veo que sólo ha hecho proposiciones al señor Lack. A mí no me ha mencionado siquiera.

—En cierto modo, también me refería a usted. Todo lo que he dicho a Lee, puede aplicárselo usted misma. Pero, naturalmente, con la consiguiente libertad de elección.

—Lo dejo en manos de Lee —contestó Sybil, resuelta.

—Solución número tres —dijo Lack.

—¿La guerra? —Vario arqueó las cejas.

—Si prefiere darle ese nombre...

Vario suspiró.

—Lástima —dijo—. Y yo que pensaba aceptaría la segunda solución.

—Acéptala, Lee —aconsejó Magda.

Lack volvió los ojos hacia la mujer.

—Magda, Magda, ¿por qué te has vuelto así? —exclamó.

Ella se encogió de hombros.

—Soy ambiciosa —contestó fríamente.

—Los veo a los dos y me acuerdo inmediatamente de la leyenda de la bella y la bestia —dijo Sybil ácidamente.

Vario se irguió un instante, pero volvió a relajarse en seguida.

—Mi figura no es demasiado atractiva, lo reconozco, pero tengo algo que atrae a las mujeres hermosas —manifestó.

—Dinero, mucho dinero —sonrió la muchacha.

—Hombre, ya que hablamos de dinero... Lee, ésa era la segunda solución —exclamó Varlo con acento pretendidamente intrascendente.

—Y un largo viaje —añadió el joven.

—Indudablemente. Los dos.

Lack meneó la cabeza.

—Me agrada decirle que no —contestó.

—Está bien. No podrá quejarse de que no le he advertido, Lee —dijo Varlo.

El joven se echó a reír.

—En realidad, hace casi un año que está haciéndome advertencias, de ninguna de las cuales he hecho el menor caso. Lamento no haber podido concederle el placer de verme barriendo las calles de Spartha —dijo.

—Me hubiera gustado, en efecto. Lee, ¿es su última palabra?

—Ya está dicha, Nick.

—Magda, llama al chófer.

La mujer se levantó. Lack se echó a reír.

—Magda, ¿consiste tu ambición en ser la criada de Nick?

Ella, furiosa, le tiró el vaso. Lack esquivó el proyectil, que fue a hundirse en la piscina.

—No volveremos a vernos, Lee, señorita Harrod —anunció Varlo.

—Yo le veré a usted detrás de una reja —contestó el joven.

La cara de Varlo se tornó repentinamente impenetrable. Sybil se estremeció.

En aquella aparente falta de expresión había descubierto una amenaza implacable.

El chófer aguardaba junto al coche. Cuando se disponían a embarcar en él, llegó Magda.

—Lee —llamó.

Lack se volvió.

—Dime —contestó escuetamente.

—No luches contra Varlo. Es demasiado poderoso.

—Magda, lo que hago no es por rencor personal. Lo que me hizo a mí no tiene importancia, aunque llegara al extremo de hurgar en los cubos de basura para poder comer. En otro tiempo hubo algo

entre tú y yo; es una lástima que no llegáramos a entendernos.

—Aún es tiempo...

—No. Cada uno de nosotros hemos elegido un camino. Al final de ese camino hallaremos las consecuencias de nuestra elección.

Los brazos de Magda cayeron laciamente a sus costados.

—Entonces..., ¿es la despedida definitiva?

—Por mi parte, sí.

Sybil estaba ya en el coche. Lack se sentó a su lado y encendió un cigarrillo.

—Todavía quedan rescoldos del antiguo fuego —dijo Sybil, cuando el automóvil atravesaba ya la salida.

—No. La ceniza está fría. Pero cuando uno la ve, no puede por menos de recordar la hoguera que fue antes. Eso es todo, Sybil.

Ella sonrió comprensivamente.

—Me alegro por usted —dijo.

Guardaron silencio hasta avistar los primeros edificios de Spartha. Entonces, Lack se inclinó hacia el tubo que servía para dar órdenes al conductor:

—Burt, pare.

—Sí, señor —contestó el impasible chófer.

El coche se detuvo. Lack se apeó, tirando de la mano de Sybil.

—Muchas gracias, Burt —dijo el joven—. Ya puede volverse.

—Bien, señor.

—Lee, ¿por qué nos hemos apeado aquí? —se sorprendió ella—. Todavía nos falta un buen trecho...

—Sybil, póngase usted en el lugar de la presa, cuando el cazador suelta su jauría de mastines. ¿Qué haría en tal caso?

—Huir a todo correr, por supuesto.

—Eso es lo que vamos a hacer nosotros, con tanta velocidad que ni siquiera vamos a volver ya a mi casa —declaró él tajantemente.

CAPÍTULO XIII

Lack escribía algo en un papel, mientras Sybil se paseaba nerviosamente por la habitación del motel en que se habían alojado y que el joven suponía lo suficientemente discreto para considerarlo como un buen escondite.

—Lee, ¿qué está haciendo? —preguntó ella de pronto.

—Una lista —respondió Lack.

—¿Lista? ¿De qué?

—De nombres, claro. El primero es el de su hermana. Los últimos son tres x, ya que no los recuerdo con exactitud. Son los tipos que murieron cuando nos perseguían, después de haber fallado el atentado de la dinamita.

—Entiendo. ¿Qué nombres hay entre el de Betty y las tres x?

—Muchos. Betty, Wollup, McCullass, Horito... y también el de Ed Sanders.

—Sanders —repitió ella pensativamente—. El hombre que murió porque no tenía la sortija.

—Sí, el mismo.

—Es curioso. Horito dijo que no la había encontrado.

—Yo creo que Varlo la ha recuperado. Ni siquiera la mencionó en la conversación.

—Quizá no era tan importante como creíamos, Lee —opinó Sybil.

—En cambio, yo sigo pensando en que ese anillo es la clave de todo el asunto.

—Vale mucho..., pero no es más que un poco de oro y una piedra preciosa. Lee.

—En tal caso, ¿por qué tanto interés en recuperarla?

Lack repasó la lista de nombres. Había en ella algo que llamaba su atención, pero no podía definirlo con exactitud.

De repente sonó el teléfono.

Ambos miraron el aparato con aprensión. Lack acabó por ponerse en pie.

—Sólo una persona conoce nuestro escondite y no nos traicionará —dijo él, refiriéndose al director del *Post*.

Levantó el teléfono. Para sorpresa suya, no era el periodista.

—Hola, Lee —dijo Winter.

—Has hablado con Belding, ¿eh? —rezongó el joven.

—Sí, aunque en realidad es él quien me ha llamado. Lo que me ha dicho confirma ciertas noticias que ya me habían llegado por otro conducto.

—Bien, suéltalo —pidió Lack.

—Vario ha soltado a todos, sus perros. Te buscan por todas partes. Acabarán por llegar a ese motel.

—Entiendo. Aunque, de todas formas, ya me lo esperaba.

—Voy a hablar con Red Hollis. Es el dueño del Crown Motel. Hollis es un buen hombre y me debe algunos favores. Los perros de Varlo han estado ya allí; por lo tanto, no volverán.

—Gracias, Ben. Ahora mismo iremos al Crown.

—Lo celebro. Te llamaré cuando haya algo de nuevo —se despidió el policía.

Lack se volvió hacia la muchacha.

—Tenemos que marchamos de aquí inmediatamente —dijo.

Ella asintió. Momentos después, estaba dispuesta.

Abonaron la cuenta. El coche estaba en el aparcamiento. Belding, el director del *Post*, se lo había enviado con un hombre de toda confianza.

El automóvil arrancó en dirección a la carretera. Sybil conducía.

Cuando salían, otro automóvil cruzaba la entrada, separada por un seto de un par de metros de altura. Los esbirros de Varlo no pudieron ver a la pareja.

Lack indicó a la muchacha la ruta que debía seguir para llegar al motel indicado por Winter. En el camino, se sumió de nuevo en el estudio de la lista que había redactado durante los días precedentes.

De repente, lanzó un agudo grito:

—¡Sybil, creo que tengo la solución!

—¿Qué dice, Lee?

—Sí... Maldita sea... La teníamos delante de las narices... ¿Se acuerda usted que comentamos que Sanders había quitado el anillo

de la mano de Betty, aprovechando un descuido de su compañero?

—Sí, eso es lo que debió de ocurrir —contestó ella.

—Quizá no tan exactamente —dijo Lack—. Quizá Sanders y Martynson se pusieron de acuerdo.

—¿Martynson? ¿Quién es?

—El otro camillero.

Hubo un momento de silencio. Las manos de Sybil se crisparon sobre el volante.

Al cabo de un rato, dijo:

—Lee, es una posibilidad digna de tenerse en cuenta. ¿Dónde vive Martynson?

Lack se echó a reír.

—Siga, yo le indicaré el camino —contestó.

El hombre que abrió la puerta era de mediana estatura, facciones blandas y ojos vacunos. Vestía desaseadamente y había manchas de sudor en su camisa, a la altura de los sobacos.

—¿Sí? —dijo con un gruñido.

—¿Martynson? —dijo Lack.

—Ése es mi nombre. ¿Qué desean? —preguntó el sujeto.

—Ella es Sybil Harrod, hermana de Betty Cope, la dueña de cierto anillo que se perdió hace tiempo. Yo me llamo Lee Gordon Lack, señor Martynson.

—No sé nada de un anillo —rezongó el ocupante del piso, del que salía un poco reconfortante olor a *whisky* barato.

—Cien dólares —dijo la muchacha impetuosamente.

—Ya han venido antes otros y les he dicho que no sé nada —contestó Martynson.

—Hablemos dentro, ¿le parece? —sugirió Lack, a la vez que empujaba al poco amable camillero—. La señorita le ha mencionado una cifra.

Martynson lanzó una irónica carcajada.

—Otros me ofrecieron mucho más y se fueron con el rabo entre piernas —dijo.

—Eso es mentira.

—Bueno, como diga.

—Sí, digo que es mentira porque si otros hubieran estado ya aquí, usted estaría muerto a estas horas. Y no puede alegar

ignorancia, porque usted era compañero de Sanders y a éste le machacaron el cráneo para conseguir la sortija. Lo que pasa es que usted quiere más dinero por algo que no le pertenece en absoluto.

Martynson se humedeció los labios.

—Repito que no sé nada...

—Doscientos dólares —exclamó Sybil. Desalentadoramente, añadió—: No puedo ofrecer ya mucho más, Lee.

—Es inútil —contestó el joven—. Nuestro buen amigo Martynson no tiene el anillo, ¿no es así, Jim?

—Así es —confirmó el aludido secamente.

De repente, Lack disparó el puño derecho. Martynson emitió un gruñido y se desplomó como un saco.

—¡Lee! —exclamó Sybil—. Pero ¿qué ha hecho?

—Aguarde un momento —contestó él.

Frente al diván de la sala, en la pared opuesta, había una vieja estantería con algunos libros, parte de los cuales estaban sostenidos por dos sujetalibros que representaban sendos elefantes, empujando en direcciones opuestas. Lack levantó el primer elefante y luego el segundo, mientras Sybil le contemplaba con gran atención.

De repente, Lack le enseñó la base parcialmente hueca del segundo elefante. Sybil divisó una tira de cinta adhesiva blanca. Lack despegó la cinta con gran cuidado. Algo cayó sobre el estante superior de la librería.

Un segundo después, Lack enseñaba la sortija, sosteniéndola con el pulgar y el índice.

—¡Extraordinario! —dijo ella—. Pero, Lee, ¿cómo...?

—Mientras hablábamos, observé que Martynson miraba continuamente a un punto determinado. Quería evitar sus miradas, pero no lo conseguía. Entonces me di cuenta de que la tentación era más fuerte que su voluntad.

—Y le golpeó... Pero ¿por qué tenía él la sortija y no Sanders?

—Es bien sencillo. Seguramente, se pusieron de acuerdo en el robo. Sanders se encargó primero de encontrar comprador, pero no lo consiguió. Luego, Martynson debió convencerle para guardar él la sortija, quizá porque Sanders ya se había «quemado» un tanto. Probablemente le convenció también de la necesidad de esperar algún tiempo, hasta que todo se hubiera calmado.

—Sí, parece lógico —admitió ella.

—Sanders murió porque, de los dos, fue el único que se dejó ver por las tiendas de prestamistas. Martynson seguía guardando la sortija, en espera de mejores tiempos... o de una buena oferta, que ni usted ni yo podíamos hacerle —concluyó Lack sus explicaciones.

—Está bien. De todas formas, hemos encontrado la sortija. No quiero que Martynson diga que somos desagradecidos.

Sybil abrió el bolso, pero Lack puso la mano encima.

—No —prohibió—. Este rufián no se merece un centavo. La sortija no le pertenecía. La robó, recuérdelo.

—Como quiera, Lee —se resignó la muchacha.

Martynson empezaba a despertar. Lack y Sybil se marcharon antes de que lo consiguiera del todo.

Al llegar a casa de Martynson, habían estacionado el coche en la otra acera, debido a que no encontraron sitio junto a la puerta del edificio. Ya se habían sentado en el automóvil, cuando vieron que se detenía uno en la acera opuesta, en la que había quedado un hueco.

Dos hombres se apearon del vehículo inmediatamente. Lack los reconoció en el acto.

—Arranque, Sybil. Fulshom y Shamm van a ver ahora a Martynson —exclamó.

Habían vuelto al departamento de Lack. Sybil preparó café, mientras él examinaba la sortija con toda atención.

La muchacha vino con una bandeja.

—Parece usted muy preocupado —observó.

—Sí. Siempre he pensado que la clave de todo el asunto estaba en la sortija. Pero no sé cómo...

Sybil llenó las tazas.

—Aparte el valor de la piedra, la montura es corriente —observó.

Lack volvió a mirar la sortija desde todos los ángulos. De repente, se le ocurrió una idea.

La base sobre la que descansaba el rubí era completamente maciza, distinta de otras monturas en que la piedra se veía desde el interior del aro de oro. En la que tenía en las manos no sucedía así; había una ancha plataforma, con unos salientes ganchudos, que sujetaban la gema. Lack creyó comprender en qué consistía el enigma.

Olvidándose del café, buscó un destornillador y unas pinzas, con los que trabajó unos momentos. La piedra quedó suelta de su montura.

Debajo había un fragmento de papel rojo, circular, de poco más de un centímetro de diámetro. Lack lo quitó con las pinzas. Dos trocitos de algo negro aparecieron a su vista.

—¿Qué es eso, Lee? —preguntó Sybil, completamente intrigada.

Con infinito cuidado, Lack tomó uno de aquellos trocitos negros y lo puso al trasluz. Estaba hecho de una sustancia flexible y tenía un centímetro de largo por medio de anchura.

Lack guardó silencio. De pronto, dejó las pinzas sobre la mesa y se levantó.

Instantes después, regresaba de nuevo junto a la muchacha con una potente lupa en las manos. Por medio del aparato óptico, examinó de nuevo aquella cosa negra.

—Lo que me figuraba —dijo, después de un buen rato de estar callado.

—Pero ¿qué se figuraba, Lee?

—Un microfilme.

Sybil se tapó la boca con las dos manos.

—Es la solución —dijo.

—Sí.

De nuevo sobrevino otro espacio de silencio. Luego, Lack, tras morderse los labios, dijo:

—Es una lástima que no podamos ver las imágenes contenidas en el microfilme. Pero yo sé quién puede hacerlo por nosotros. Vamos, Sybil, no perdamos más tiempo.

Media hora más tarde, entraban en la redacción del *Post*. Belding les recibió con gran amabilidad.

Lack le explicó lo sucedido. El director del periódico se mostró interesadísimo por los microfilmes.

—Déjenmelos —pidió—. Les llamaré por teléfono en cuanto sepamos algo. Tengo en el periódico un buen especialista en toda clase de películas. El se encargará de ampliar estos originales a un tamaño fácilmente legible.

—De acuerdo.

Lack y Sybil se marcharon conformes. Después de cenar y comentar excitadamente todo lo sucedido volvieron a casa.

Alguien les despertó muy temprano cuando todavía las calles estaban sumidas en la oscuridad nocturna. Ninguno de los dos se dio cuenta de la presencia de unos intrusos, hasta que los vieron pistola en mano frente a ellos.

Eran Fulshom y Marvy Shamm. Magda figuraba también en el pequeño grupo que parecía decidido a todo.

—Quiero la sortija —dijo Magda—. Les daré una oportunidad de vivir si me la entregan. De lo contrario...

—No llegaremos vivos a la noche, ¿verdad? —sonrió Lack.

CAPÍTULO XIV

Magda hizo un gesto de impaciencia.

—Lee, fuimos buenos amigos en tiempos —dijo—. No me obligues a hacer algo que no me gusta en absoluto.

Sybil, a medio vestir, parecía muy asustada. Lack procuró tranquilizarla.

—No tema, ya no pueden causarnos el menor daño.

—No lo diga tan fuerte —gruñó Fulshom—. Marvy y yo estamos bien armados.

—Lo estoy viendo perfectamente —contestó Lack, a la vez que arrojaba una mirada hacia la ventana. Ya se veía en el cielo una grísea tonalidad que señalaba la inminencia del nuevo día—. Marvy, ¿por qué no sale a la calle y compra el *Post*? Ya deben de estar vendiéndolo; aparte de que son muy madrugadores, hoy tienen mayores motivos que en otras ocasiones para vender el periódico antes que ningún otro día.

Shamm pareció desconcertarse. Fulshom se agitó inquieto.

—Anda, Marvy —ordenó Magda.

El pistolero corrió hacia la puerta. Magda se encaró nuevamente con Lack.

—¿Publica alguna noticia interesante el *Post*? —preguntó.

—Ten paciencia, aguarda unos momentos —respondió Lack enigmáticamente.

—Te llevaste la sortija de Betty —dijo Magda.

—Me pertenece a mí —intervino Sybil.

—¿Por ser la hermana de Betty?

Sybil se encogió de hombros. Lack dijo:

—Magda, estás sobre un volcán que va a explotar de un momento a otro. Lo lamento por ti; todavía conservo cierto aprecio..., pero has elegido el bando equivocado, el bando que, tarde o temprano, siempre pierde.

Magda hizo un gesto de indiferencia. Lack sonrió.

—Nunca te había conocido tan madrugadora —comentó.

—Aún no me he acostado —sonrió ella.

—¿Te ha enviado Varlo? ¿Tenía miedo de venir él en persona?

Shamm irrumpió de repente en la estancia con un periódico en las manos.

—¡El *Post*! —anunció—. Señora Ranthorpe, yo no entiendo gran cosa de algunos asuntos..., pero después de lo que se lee aquí, me parece que tendremos que emigrar urgentemente.

Magda le arrebató el diario. Instantes después, su rostro se cubría de una intensa palidez.

—No —murmuró—. No es posible...

—Sí es posible —dijo Lack—. El *Post* publica el contenido de los dos microfilmes contenidos en la sortija de Betty y que ella y Wollup pensaban emplear como armas contra vosotros, a fin de quedarse con la organización. Supongo que les llevó algún tiempo copiar fotográficamente algunas páginas muy interesantes del libro secreto de McCullass, quien, a fin de cuentas, no era sino el brazo derecho de Varlo. McCullass era el encargado de hacer todos los negocios sucios que Varlo no podía realizar, a fin de no empañar su imagen de hombre honesto y amante de la justicia.

»Pero ahí, en ese periódico, hay una larga lista de nombres y cantidades con las que fueron sobornados; contratos ilegales, extorsiones, chantajes, contrabando de drogas y de piedras preciosas... Todo, todo aparece con el máximo detalle, sin que ningún inculpado pueda negar su participación en los nada limpios negocios de Varlo. Magda, ya es tarde, demasiado tarde; ya no tienes escapatoria..., porque tu nombre también figura en esas listas.

Ella estaba lívida. Fulshom y el pistolero no sabían qué hacer.

—Lo mejor será que nos larguemos —propuso Fulshom.

—Hasta uno de los fiscales aparece comprometido en ese asunto, precisamente, el que casi siempre se encargaba de los casos que surgían contra Varlo —añadió Lack—. Su forma de presentar las acusaciones era siempre rebatida por los defensores. Y Dunlay, el comisionado de la policía, también aparece ahí con una sustanciosa cifra mensual. Por eso quitó a Winter del caso y colocó a Skinner en su lugar, aparte de otras «hazañas» que resultarían largas de

enumerar. Te lo he dicho, Magda; estás en el bando perdedor.

Hubo un momento de silencio. De repente, Magda viró sobre sus talones y escapó a la carrera. Fulshom y Shamm la siguieron sin vacilar.

Lack y Sybil se quedaron solos. La muchacha emitió un hondo suspiro.

—Menos mal que se han ido —exclamó—. Fié pasado un miedo horroroso.

—Eligieron una hora tan temprana, porque así nos podrían obligar a ir con ellos cuando todavía no hay gente por las calles —dijo Lack—. Pero pude entretenerlos un momento, lo justo para que el *Post* saliera a la venta.

—Sin embargo... —Sybil dudaba—. ¿Servirá eso de algo? A mí me parece que no es una prueba definitiva, Lee.

—En cierto modo, no lo es. Pero ahora las autoridades de Spartha están obligadas a abrir una investigación. El *Post* acusa y nadie puede demandarle por calumnia, porque presentará como prueba los microfilmes de Betty. Si estas películas mienten o no, es cosa que decidirán un juez y un jurado. Pero una de las cosas que primero se harán, será investigar fechas, lugares, cifras y nombres... y cuentas corrientes.

»Dunlay no podrá “tapar” ya a Leaney. La historia de la pistola automática y del revólver de Horito, adecuadamente “enterrados”, saldrá a relucir de nuevo. Leaney será acusado formalmente de asesinato. Hablará... y cuando hable, todavía se sabrán más cosas. No, los microfilmes no son una prueba en sí, sino una base para la investigación, que ahora ya no se puede demorar ni proscribir. Y ten en cuenta una cosa: muchos de los ahí citados, se apresurarán a declararse culpables, a fin de recibir una pena más benigna o incluso una libertad bajo fianza. Pero el imperio de Varlo empieza a derrumbarse a partir de esta mañana y nadie podrá detener ya su hundimiento definitivo.

Sybil asintió.

—Y no olvidemos tampoco —añadió Lack— los asesinatos cometidos. Aparte de la muerte de Betty, tenemos otras varias, la de Wollup, por ejemplo. La opinión pública exigirá el castigo de los criminales. Como debe ser —concluyó el joven.

De repente, sonó el teléfono.

Era Winter.

—¡Buena labor, Lee! —gritó el policía a través del auricular.

—Has leído el *Post*, me imagino —sonrió Lack.

—De cabo a rabo. Pero no publica una noticia sensacional.

—¿Cuál es esa noticia, Ben?

—Dunlay ha anunciado telefónicamente su dimisión, todavía no hace ni media hora. El capitán Mahann se ha hecho cargo interinamente del Departamento de Policía, hasta que el alcalde nombre un nuevo comisionado. Pero todavía hay más, Lee.

—Ahora me vas a decir que Mahann te ha encargado nuevamente del caso —sonrió Lack.

—Exactamente. El sargento Brawson ha salido disparado para detener a Leaney. Y yo...

—Tú, ¿qué, Ben?

—Me voy a acercar a casa de Varlo. Tengo ganas de charlar un rato con ese tipo.

—Estupendo. Ben, llámame en cuanto sepas algo.

—O.K., Lee.

Lack se derrumbó sobre un diván al terminar la conversación. Miró a la muchacha y sonrió feliz.

—Asunto terminado —dijo.

Sybil sonrió también.

—Creo que sería conveniente que empezase a preparar el desayuno —exclamó.

—¡Aguarda un momento!

La muchacha se volvió, sorprendida.

—Dígame, Lee —contestó.

Lack hizo un gesto con la mano.

—Acércate —pidió—. Y deja los tratamientos ceremoniosos a un lado.

Sybil se sentó junto al joven. Sonreía de un modo singular.

—Adivino que vas a pedirme algo —dijo.

—Efectivamente. Voy a pedirte que sigas preparándome el desayuno durante toda la vida.

—Lee, ¿no te parece que ésa es una forma muy prosaica de pedir la mano de una muchacha?

—Lo admito. Pero, aunque te lo pida de otro modo, ¿dejarás de prepararme el desayuno por las mañanas, si accedes a casarte

conmigo?

Sybil, contenta, se echó a reír. Lack buscó sus labios y ella no se retrajo. Pero un instante después, se levantó de un salto.

—Ya habrá tiempo para efusiones —dijo—. Por cierto, ¿cuándo nos casaremos, Lee? —preguntó por encima del hombro, mientras se dirigía a la cocina.

—Tengo que buscar un empleo. He de mantener a mi esposa y a lo que venga después, y estoy sin trabajo.

—Ahora lo tendrás. Te llamarán de muchos sitios...

Media hora después, cuando todavía estaban desayunando, sonó el teléfono.

—¿Lee? Soy Ben —dijo el policía—. Estoy en casa de Varlo, pero no hay nadie. ¿Se te ocurre a ti alguna idea del lugar a donde ha podido largarse? Todo esto ha quedado abandonado, con inequívocas señales de haber echado a correr con grandes prisas...

—Así que han levantado el vuelo, ¿eh?

—Justamente. Pero no se me ocurre nada, Lee.

Lack meditó un instante. «Han levantado el vuelo», repitió mentalmente.

De súbito, creyó haber hallado la solución.

—Ben, reúneme conmigo en el camino que conduce a la vieja mina de boro —exclamó.

Había un coche de la policía aguardando al que conducía Lack, con Sybil a su lado. Winter y un par de agentes esperaban al pie del vehículo.

Lack frenó un poco, pero sin detener la marcha.

—Sígueme, Ben —gritó.

Winter dio una orden. Instantes después, el automóvil de la policía se lanzaba en pos del otro.

Minutos más tarde, alcanzaban la mina abandonada.

Soplaba un viento molesto, que levantaba grandes nubes de polvo alcalino. Lack señaló con el brazo la cumbre del cerro, barrida por ráfagas de viento, que originaban unos aullidos tenebrosos, al chocar contra las rocas o retorcerse entre las anfractuosidades de la ladera.

—Allá arriba, Ben —dijo—. Quizá no lleguemos a tiempo, pero es nuestra única posibilidad.

Winter asintió.

—Vamos arriba —exclamó.

—Ben, si tus hombres disponen de rifles... será mejor —aconsejó el joven.

—De acuerdo.

Momentos después, emprendían la ascensión. Lack sacó un pañuelo y se lo entregó a la muchacha.

—Tápate la nariz y la boca —indicó.

—Quédatelo tú, yo ya tengo uno —contestó ella.

Los policías les imitaron. El viento, a veces, soplabla con terrible fuerza, enviando diminutas partículas de tierra que parecían agujas al chocar contra los trozos de epidermis que quedaban al descubierto.

Cuando estaban a unos cien metros de la cumbre, oyeron ruido de motores.

Lack alzó la cabeza. Un avión evolucionaba sobre ellos, a baja altura, entrando y saliendo de las nubes de polvo que conferían un color amarillento al cielo.

—¡Ben, aprisa! —gritó el joven—. Ese avión viene a buscar a Varlo.

Apresuraron la marcha, pero la pendiente hacía mella en todos. El bimotor desapareció al otro lado del cerro.

—No llegaremos —dijo Winter, mordiéndose los puños de rabia.

Arriba, el viento, en ocasiones, resultaba imposible de soportar. Cuando llegaron a la cumbre, tuvieron que tenderse en el suelo, incapaces de dar un paso.

Lack entrevió a lo lejos un aparato posado en el suelo y a varias figuras que corrían hacia él.

—¡Se nos escapan! —dijo Winter, desesperado.

—Quizá no —murmuró Lack—. Fíjate en la dirección del viento, Ben.

—¿Qué tiene eso que ver...?

—Nos da en la espalda y es demasiado fuerte para despegar con él a favor. Por tanto, el avión tiene que venir hacia aquí.

Winter evaluó rápidamente la situación. La diferencia de nivel entre la pista y la cumbre del cerro era de cincuenta metros escasos y, además, la pendiente era muy suave, en contraste con la que conducía a la hondonada, que en algunos puntos llegaba a los cincuenta grados de inclinación. Por tanto, al despegar contra el

viento, la cima del cerro no constituía ningún obstáculo insalvable.

El bimotor aceleró. Winter dio una orden:

—Disparen a partir de los doscientos cincuenta metros.

Los agentes tomaron puntería. El ruido de los motores se oía por encima de los aullidos del viento.

De repente, sonó un disparo.

La bala impactó entre las dos ruedas del tren. El avión seguía sin levantar aún el morro del suelo.

—Más, más —gritó Winter.

Los rifles tronaron ruidosamente. Uno de los policías exclamó:

—¡Creo que he alcanzado la cabina del piloto!

De súbito, el avión osciló, pero sin refrenar su velocidad. Viró ligeramente hacia la derecha y se lanzó a toda velocidad hacia la cumbre del cerro.

—¡Viene derecho hacia aquí! —aulló Winter.

Lack se puso en pie. Agarró la mano de la muchacha y echó a correr frenéticamente. Winter y los dos policías se dispersaron con no menores prisas.

El piloto debía de estar mortalmente herido, pensó Lack, ya que el avión no parecía responder a los mandos. De súbito, el bimotor, saltando y rebotando de una manera espantosa, incluso acelerando, le pareció a Lack, alcanzó la cumbre del cerro y saltó al otro lado.

Durante un segundo, pareció como si fuese a mantenerse en vuelo. Avanzó unos metros en el aire y luego bajó el morro.

Lack y Sybil contemplaron la tragedia, morbosamente fascinados. El bimotor chocó contra la ladera. Las patas del tren de aterrizaje se quebraron y la panza se arrastró por la pendiente, con espantoso fragor.

El avión descendía a toda velocidad, dejando tras sí trozos de su estructura, que saltaban por todas partes. De repente, el techo se abrió. Dos cosas informes fueron despedidas y rodaron por la ladera de un modo espeluznante.

De súbito, se vio brillar una llamarada. Un segundo después, explotaron los tanques de combustible. Convertido en una hoguera, el avión continuó su mortal deslizamiento, hasta detenerse al pie del cerro.

Una espesa nube de humo negro se retorció entre las ondas del viento, que parecía haber amainado su furia. Lack pensó que no era

posible que ninguno de los ocupantes del avión hubiera sobrevivido a un accidente semejante.

Con la mano de Sybil en la suya, emprendió el descenso. Winter y sus dos hombres les precedían.

Poco después, encontraron un cuerpo humano horriblemente destrozado. Sybil apartó la vista a un lado. Lack evitó igualmente la visión de un cuerpo de diosa que ahora no era sino un informe montón de carne y huesos ensangrentados.

El otro cuerpo pertenecía a Varlo. Lack pensó que Varlo y Magda se habían aliado para sus fines nada honestos. La alianza había persistido hasta la muerte.

—Llamen a una ambulancia —ordenó Winter.

El fuego consumía los cuerpos de los restantes ocupantes del aeroplano. Fulshom, Shamm y el piloto estaban entre aquellos restos que ya no recordaban para nada al esbelto avión que había sido minutos antes.

Si había joyas y dinero que los fugitivos llevaban consigo, cosa lógica por otra parte, habían sido consumidos igualmente por aquel fuego que, pensó Lack, purificaba la mefítica atmósfera que hasta entonces se había respirado en la ciudad.

—Ben —dijo de pronto—, si no nos necesitas, Sybil y yo nos marchamos.

Winter sonrió.

—Te llamaré más tarde —contestó.

Lack hizo un gesto de aquiescencia. Luego miró a Sybil.

Ella se esforzaba por sonreír.

—¿Vamos? —dijo.

—Sí —respondió la muchacha. Allí ya no tenían nada que hacer. Ahora les correspondía ocuparse un poco de ellos mismos. La pesadilla había terminado.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



